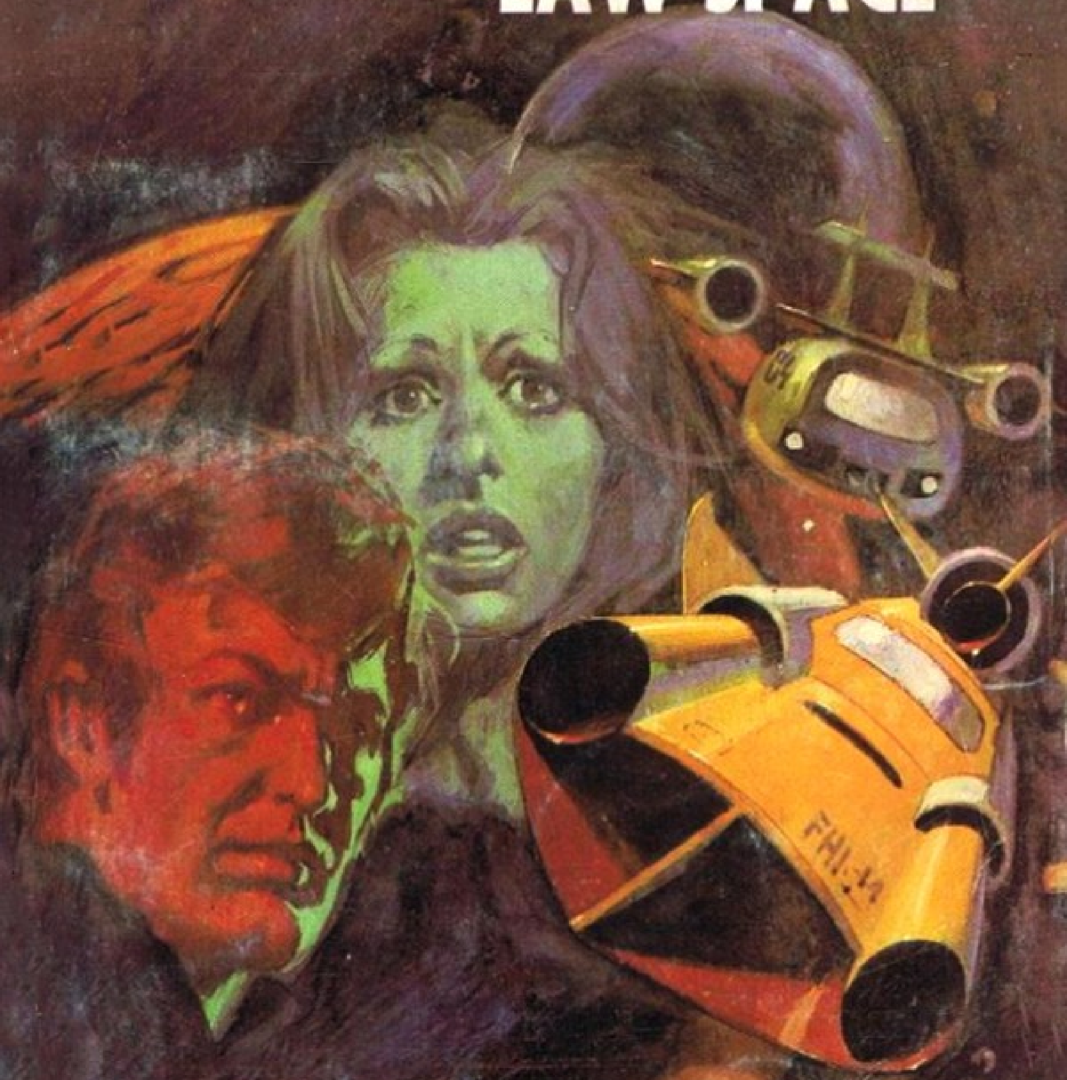
héroes del
ESPACIO
NOVELAS
ECSA

SATELITES ASESINOS

LAW SPACE



SOLO PARA ADULTOS

SATELITES ASESINOS

LAW SPACE

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 80
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 — BARCELONA (23)

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 27.423-1981
Impreso en España — Printed in Spain

1ª edición: octubre, 1983

© Law Space — 1981
texto

© Pujolar — 1981
cubierta

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona — 23

Impreso en los Talleres Gráficos de
EBSA
Paréts del Vallés (N-152, Km 21,650)
Barcelona — 1981

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

75. Mutación crítica, *Law Space.*
76. Alerta roja, *Elliot Dooley.*
77. Trampa espacial, *Ene Sorenssen.*
78. Amenaza a la tierra, *A. Thorkent.*
79. Mañana es hoy, *Lucky Marty.*

CAPÍTULO PRIMERO

Los cinco hombres estaban reunidos en el sótano del edificio anejo al laboratorio de investigaciones del ejército para los trabajos sobre proyectiles teledirigidos y satélites artificiales.

Por debajo de la nube azulada que había ido formando el humo de los cigarrillos y que envolvía por completo las barras luminosas de neón, los rostros estaban tirantes y los ojos ofrecían un brillo intenso, que parecía reflejar la tensión interior que les consumía.

Un montón de planos y algunos que otros mapas estratosféricos yacían sobre la mesa, donde los ceniceros parecían islas volcánicas que humeasen sin cesar.

Uno de los hombres se secó el sudor y después de pasarse el pañuelo por la parte anterior del cuello, emitió un profundo suspiro.

—Hay que decidirse, muchachos.

El era, visiblemente, el más viejo de todos, aunque no debía haber llegado más allá de los treinta años, pero sus sienes estaban ya ligeramente plateadas y algunas arrugas excéntricas rodeaban la piel, no lejos de sus ojos.

Nadie contestó a aquella frase, que debió perderse, siguiendo quizás el camino que dibujaban las volutas de los cigarrillos. Por eso, después de una corta pausa, el hombre volvió a hablar: —Ya sé que la cosa no es fácil; pero la suerte, mala o buena, ha caído sobre nuestro equipo y dos de nosotros han de salir hacia el espacio mañana por la mañana. Faltan once horas y no vamos a pasárnoslas discutiendo vanamente. Ya sabéis que tengo autoridad suficiente para ordenar a dos de vosotros como pilotos del *Space;* pero prefiero que seáis vosotros mismos, voluntariamente, los que decidáis lo que haya que hacer.

Tom Lauer, uno de los jóvenes que estaba a su izquierda, levantó la cabeza.

—Todos queremos ir, comandante Marshall.

—Ya lo sé, ya lo sé; pero no vais a volverme loco. El *Space* no puede llevar más que dos tripulantes. Eso quiere decir que dos de vosotros tendréis que renunciar a este viaje. Pero, ¡por Dios!, ¿es que éste va a ser el último satélite tripulado que van a lanzar los Estados

Unidos?

Ninguno de los presentes despegó los labios.

—Yo también hubiese querido ser el *primero*; pero el general se negó rotundamente y no me ha quedado otro remedio que obedecer. En cambio, vosotros, como niños mal educados, os negáis a ceder, obligándome a hacer una de las cosas que más me desagradan: imponerme.

Y como el silencio prosiguiese, dio un formidable puñetazo sobre la mesa, haciendo que algunas colillas retorcidas y medio consumidas cayesen sobre los planos.

—¡Os doy cinco últimos minutos para decidiros!

Y pulsó el cronómetro, cuya manecilla empezó a saltar ágilmente, de segundo en segundo.

—¿Por qué no lo echamos a suertes? —inquirió, en aquel momento, Donald Olsen.

—¡Gracias a Dios que hay uno, entre vosotros, que parece tener algo en la cabeza! ¿Qué os parece la proposición de Olsen, muchachos?

—Buena.

—Me conviene.

—A mí me parece bien.

Raymond Marshall sonrió, plenamente satisfecho.

—¡De acuerdo, amigos! Vamos a proceder a un sorteo de lo más legal del mundo.

Se apoderó de una hoja del bloc que tenía junto a él y la cortó en cuatro trozos iguales; después, mirándolos, sonrió y escribió, mientras decía:

—En estas dos pondré *Space*. Y eso quiere decir que quienes las cojan irán en el satélite. En las otras dos pondré «mala suerte» y los que las posean se quedarán... hasta la próxima salida. ¿De acuerdo?

Todos asintieron.

Marshall dobló cuidadosamente los cuatro trozos de papel, hasta convertirlos en minúsculas bolitas, completamente iguales; se quitó la gorra luego y lanzó los papeles al interior, sacudiéndolos intensamente.

—Ya puedes coger, Tom.

El interpelado extendió la mano, que temblaba un poco, hundiéndola después en la gorra de su superior. Cogió una de las

bolitas y la mantuvo cerrada, en la mano.

—¿No la miras?

—Prefiero esperar.

—O.K. Ahora te toca a ti, Rudolph.

Se repitió la maniobra, pero tampoco el joven abrió el papelito.

—Coge, Donald —ordenó el comandante, frunciendo el entrecejo.

Y cuando Olsen se quedó con el papelito en su puño cerrado, preguntó:

—Queréis tener un poco más de esperanza, ¿verdad? Lo comprendo. Coge la última, John.

John Wilson, el más joven de todos, no había cumplido aún los veinte años, se sonrojó entendiendo la mano, que temblaba mucho más que todas las anteriores y se apoderó del papel, que guardó tan celosamente como los otros.

El comandante les miró, de hito en hito.

—¿Puede saberse qué demonios esperáis?

Fue Donald quien contestó.

—Verá usted, señor. Esperamos que nos ordene abrir los papeles. Así, en cierto modo, nuestra suerte será un acto de disciplina.

Raymond Marshall lanzó una sonora carcajada.

—Banda de niños mimados. Si alguien os viese, sin conocer los motivos de esta reunión, se reiría de vosotros hasta romperse las tripas; pero, después de todo —su rostro se ensombreció un tanto—, es posible que tengáis razón y, por lo tanto, voy a empezar a dar órdenes.

Volvió a mirarlos, fijando sus ojos en el que le había hablado.

—Está bien, Donald... ¡Abre tu papel, es una orden!

Olsen obedeció y sus dedos temblaron un poco, mientras las miradas de sus compañeros se concentraban en sus manos.

—¡Voy! —rugió, con una feroz alegría.

Y mostró el papel donde se leía *Space.*

—¡Enhorabuena, muchacho! Ahora tú, Tom; abre tu papelito.

Lauer repitió la maniobra de su compañero; después, apretándolo con fuerza, volvió a arrugarlo, con un rictus desagradable en el rostro.

—Me quedo.

—¡Qué le vamos a hacer! Veamos tu papel, Rudolph.

Desdobló el suyo Fleet y lo lanzó despectivamente sobre la mesa.

—¡Mala suerte! —dijo, tremendamente serio.

Todos los ojos se volvieron hacia el joven Wilson. —Te ha tocado a ti, muchacho... ¡Buena suerte!

John sonrió, pero no se atrevió a desdoblar su papel, que guardó celosamente en su puño cerrado. Las gotas de sudor perlaban su frente.

—¿Contentos todos? —inquirió el comandante.

—Qué remedio —dijo Fleet, encogiéndose de hombros.

Raymond se levantó.

—Ahora tenemos que descansar... ¡Bastante ha durado la comedia! Hay que recuperar energías y prepararse para mañana. Vosotros, Tom y Rudolph, pasad mañana muy temprano por mi despacho. Echaremos una ojeada al *Space* y prepararemos las cosas para los afortunados, ¡Buenas noches, muchachos!

Ellos también se habían levantado y salieron de la estancia, tomando uno de los pasillos que conducían a la salida.

Iban en grupo, pero, una vez fuera, Rudolph se acercó al joven John llevándoselo aparte.

Caminaron por el jardín de las instalaciones, bajo la turbia luz de una luna que tamizaba un profundo celaje de nubes. Y marcharon en silencio hasta que estuvieron seguros de que los otros dos se habían adelantado lo suficiente para no oírlos.

—Dame tu papel —ordenó Rudolph.

Obedeció el otro y Fleet lo desdobló sonriendo al ver que allí había escrito un «mala suerte». Cogió luego el suyo que contenía la orden de salir en el *Space* y se lo entregó a Wilson.

—Toma. Pueden pedírtelo y será mejor que lo tengas tú.

Y después de un corto silencio:

—¿Tienes miedo?

John se encogió de hombros.

—No, no lo tengo... Lo único que pasa es que me das asco.

—¿Asco? ¿Por qué? —Porque no creo que el motivo de lo que me has obligado a hacer sea mi hermana.

El otro se extrañó.

—¿Cómo puedes dudarlo? Queremos casarnos y esta marcha lo estropeaba todo. Por eso te pedí que salieses en mi lugar.

—¡Ojalá fuese cierto!

—No me importa que lo dudes; después de todo, nadie te creería ya, puesto que tengo mi papelito, con un «mala suerte» escrito de puño y letra del comandante.

Hubo un corto silencio.

—Quisiera creerte; pero, de todas maneras, quiero que sepas que, si no cumples tu juramento y me juegas una mala pasada, te exigiré cuentas a mí regreso.

Fleet no dijo nada en voz alta; pero, interiormente, no pudo evitar una sonrisa, ya que aquel iluso creía que iba a volver.

¿Por qué, si no, había él utilizado el lado sentimental y fraternal de Wilson, sino para librarse de aquel viaje que significaba seguramente la muerte cierta?

En la loca carrera por la conquista del espacio exterior, los Estados Unidos habían acelerado tremenda— I mente el lanzamiento del primer satélite artificial tripulado por hombres, deseosos de quitarse la espina que tenían clavada en su orgullo nacional desde octubre de 1957, cuando los rusos se les adelantaron lanzando el primer *Sputnik*.

Y él, Rudolph, no estaba dispuesto a servir de conejillo de Indias para nadie.

Lo de Mary era, naturalmente, la más hermosa excusa que había encontrado y que había hecho que Wilson, pensando solamente en la felicidad de su hermana, se sacrificase de aquella manera.

John se había detenido y se volvió hacia su compañero, mirándolo fijamente.

—¿Cuándo piensas casarte?

—Enseguida. La semana que viene todo estará hecho.

Wilson asintió con la cabeza.

—No olvides —dijo con un tono en el que se transparentaba la amenaza directa— que podré enterarme, desde allá arriba, si has cumplido o no tu palabra.

—¡Eres un latoso, John! Cuando prometo una cosa, la cumplo. Además, no creo que nadie te diga si me he casado o no. No perderán el tiempo en comunicarte naderías de ese tipo.

—¡Para mí no son naderías! He tomado tu puesto porque Mary está delicada y no quiero disgustarla con preocupaciones mayores.

—Ya te he dicho que no te preocupases.

—Está bien.

* * *

Alexis Kunov y Dimitri Skolenko permanecían firmes, rigurosamente rígidos, ante la mesa tras la que se encontraba el general.

—Todo está en orden, pero no podemos proceder al lanzamiento hasta dentro de tres días.

—¿Quiere decir eso que los americanos van a adelantársenos? —inquirió Alexis, con un gesto de disgusto.

El general se encogió de hombros.

—Eso ya no tiene importancia. La cuestión no está en una primacía que ya logró, de una manera irrevocable para la Historia, nuestro glorioso *Sputnik* primero; ahora se trata de algo mucho más grave e importante: el dominio absoluto del espacio exterior.

—Pero si ellos se nos adelantan…

—Todo depende de la manera en que se comporte el aparato que van a lanzar, según sabemos de cierto, mañana por la mañana. Si logran una órbita corriente y exponen el satélite al frotamiento de la atmósfera, caerá como todos los demás y no tendremos que preocuparnos por nada.

—¿Y si obtienen una altura fuera, en su órbita, de contactos perturbadores?

—En ese caso, entrarán en vigor las instrucciones número tres.

—Comprendemos.

—Por eso, no tiene la menor importancia que ellos puedan anunciar al mundo que han lanzado el primer satélite artificial habitado. Dejemos que cacareen todo lo que quieran, ya que nuestras intenciones han sido mejor sopesadas que las suyas, lo que hará que nuestra victoria, como siempre, sea la definitiva.

Hubo un corto silencio.

—Las posibilidades de que el *Space* consiga una órbita perfecta son muy pequeñas. Los americanos no han conseguido, que sepamos, servirse de la energía atómica que nosotros ya utilizamos en el lanzamiento del *Sputnik* número dos.

»Todo hace suponer que el destino del *Space* será efímero y que

tardará unas pocas semanas en caer a la Tierra, descendiendo sus tripulantes, si es que aún viven, en dispositivos con paracaídas especiales.

Kunov y su compañero escuchaban atentamente.

—Por lo demás —dijo el general—, no nos queda más que echar una ojeada a nuestro satélite, cuyo interior quiero mostraros, para que vayáis familiarizándoos con él.

Salieron del despacho, atravesando el terreno de pruebas. La luz de un sol débil dejaba ver, a lo lejos, la silueta de las torretas de los centinelas y la línea de las alambradas electrificadas, que impedían el paso a los curiosos.

Grandes edificios levantaban su atrevida forma moderna por doquier.

Uno de ellos, con la clásica forma de un hangar, se levantaba en el centro del campo y hacia él se dirigieron los tres hombres.

Una doble pareja de centinelas, armados hasta los dientes, les saludaron al reconocerlos, abriendo la puerta, que giró sobre los carriles por los que se movían, silenciosamente, sus ruedas.

El interior era de una amplitud que no parecía tan extensa desde fuera. Y allí, en el centro, justo debajo de una cúpula metálica, como la del mayor observatorio, se levantaba la extraña figura esférica del satélite, que no era, después de todo, más que la última porción del monstruoso aparato que iba a lanzarlo al espacio.

La esfera tenía unos cinco metros de diámetro y pesaba, incluyendo la carga de los dos tripulantes, tres toneladas y media, masa que impulsarían los cohetes, en fases sucesivas, hasta el espacio exterior.

El general avanzó, pulsando una palanca exterior. La puerta, un casquete esférico, giró suavemente sobre sus goznes, dejando ver parte del interior del aparato.

—Vamos.

Una vez dentro, se hallaron en la única sala disponible, donde todo había sido calculado matemáticamente, de manera a aprovechar hasta la última pulgada cuadrada de espacio.

—Esta parte —dijo el militar, señalando un trozo transparente del satélite— ha de ser la proa. Gracias a unos cohetes adicionales, podréis hacer girar esta ventanilla, de forma a poder observar, en cualquier momento, la totalidad del horizonte visible.

—¿Qué es esto? —inquirió Kunov, señalando una especie de cofre que había en uno de los rincones.

—Eso es el conjunto de aparatos que tendrán que utilizarse en el caso de seguir las instrucciones número 3. Pero nadie puede abrir ese cofre, ni siquiera vosotros.

—¿Cómo nos arreglaremos entonces?

—En caso de que nuestro país lo juzgue necesario, un tren de ondas abrirá la cerradura electrónica. Esas ondas serán lanzadas desde la Tierra. No podemos fiarnos de los nervios excitados de dos jóvenes como vosotros, ya que lo que hay ahí dentro significa, sencillamente, la más alucinante de las guerras que ha conocido el mundo.

CAPÍTULO II

Rodeaban al cohete que iba a lanzar al *Space* una veintena de personas incluidos los representantes de la prensa. Su brillante cúpula centelleaba allá arriba, cincuenta metros por encima del nivel del suelo. Un cordón de policía rodeaba cuidadosamente la base de lanzamiento, en la que nadie podía penetrar y en la que, en realidad, nadie había entrado todavía.

Saliendo del edificio donde se alojaban, los dos hombres que iban a ser los primeros en visitar el espacio exterior marcharon hacia el aparato, acompañados, exclusivamente, por el comandante Marshall y sus dos compañeros de equipo a los que la suerte no había favorecido en el sorteo.

Donald estaba radiante y la sonrisa no le abandonaba ni un solo instante; en cuanto a Wilson, su rostro estaba completamente hermético y un tanto serio, dejando que de vez en cuando sonriesen sus labios, de una manera efímera y un tanto forzada.

Detrás de ellos, Rudolph y Tom hablaban animadamente. El comandante iba junto a los dos primeros, silencioso y pensativo.

Todos los muchachos de la prensa, así como las cámaras de televisión, les enfocaron, estallando los relámpagos de los *flashes* a su alrededor.

—¿Unas palabras, comandante?

Raymond se encogió de hombros y sonrió. Le era imposible evitar que sus muchachos dijesen algo.

—Sí —concedió—, pero solamente dos minutos.

Y puso en marcha su ya célebre cronógrafo.

Uno de los periodistas de acercó, inmediatamente seguido por los demás, a los dos exploradores del espacio cósmico.

—¿Cómo se encuentra el ánimo de un hombre que va a abandonar la Tierra? —inquirió el periodista.

—¿Se refiere usted a lo que se experimenta en estos momentos? —preguntó a su vez Donald, con una sonrisa en los labios.

—Eso es.

—Pues se lo voy a decir, muchacho. Lo mejor de todo es que se puede uno escapar, tranquilamente, a los que quieren cobrar

facturas que, con un poco de suerte, no cobrarán jamás.

Todos rieron a carcajadas.

—¿Y usted? —preguntó el periodista, dirigiéndose a John.

—Prefiero no hacer manifestación alguna.

Frunció el comandante el entrecejo, ya que no esperaba aquella extraña reacción del muchacho; pero no dijo nada.

Entretanto, el periodista, viendo que no había nada a hacer con Wilson, se dirigió nuevamente a su compañero.

—¿Qué pediría usted, lo primero, al regresar a la Tierra?

—Un mes de permiso, doscientos mil «pavos» y una semana en Italia.

—¿En Italia?

—Sí, para elegir entre Sofia Loren y Gina Lollobrigida.

Otro coro de carcajadas.

—Finalmente, ¿qué quiere usted que digamos al pueblo americano?

—¿De mi parte?

—Sí.

—Pues díganle que esperamos cumplir con nuestro deber y que, cada vez que pasaremos por encima de los Estados Unidos, verteremos una sincera lágrima. Eso es todo.

Hubo algunos aplausos y el comandante hizo un gesto, dando por terminada la entrevista.

Luego, acercándose a John, preguntó:

—¿Qué demonios te ocurre, Wilson?

—Nada, señor.

—¿No me ocultas algo?

—Le aseguro que no; quizás es que estoy un poquitín emocionado.

—Es natural. Vamos.

Atravesaron la barrera de los centinelas, dirigiéndose, al mismo tiempo que un grupo de técnicos, al sitio donde se levantaba la grúa que iba a subirles al satélite.

Antes empezaron a ponerles los pesados trajes espaciales, que cayeron sobre ellos con sus noventa y cinco kilos de peso. Antes de cerrar la escafandra esférica, Raymond les estrechó, silenciosa y emocionadamente, la mano.

Cerraron las escafandras y Wilson primero y su compañero

después fueron elevados, con la grúa, hacia lo alto del cohete mixto, posándolos en una plataforma, que luego sería retirada, junto a la escotilla abierta del satélite.

Desprendiéndose del gancho de la grúa, John se posó torpemente sobre la plataforma, entrando después en la esfera. Detrás lo hizo Donald.

Este cerró la escotilla, quedando, a partir de aquel momento, completamente aislados del mundo, con el que, por el instante, sólo podían comunicarse con el aparato de televisión, cuya utilidad desaparecería en cuanto saliesen al espacio.

Justamente, en aquel momento, Donald estaba ante el aparato, en cuya pantalla no tardó en aparecer el rostro bonachón del comandante.

—¿Cómo va eso, muchachos?

Donald sonrió.

—Estupendo, señor.

—De acuerdo. Vamos a poner nuestros cronógrafos al unísono, ya que sólo faltan seis minutos para la hora «H».

Dictó luego la hora y los dos astronautas identificaron las de sus respectivos relojes con la que Raymond les había dado.

—Bueno, chicos. Voy a encárgame del lanzamiento. No hace falta que os desee buena suerte, ya que me tenéis a vuestro lado, pase lo que pase.

—Gracias, señor.

Se borró la imagen y Donald desconectó definitivamente el aparato. Luego, dirigiéndose a su compañero —estaban comunicados por radio, que llevaban en sus trajes del espacio—, dijo:

—¿Qué te pasaba antes, John?

—Nada. Un poco de emoción.

—¿Te has tranquilizado ahora?

—Por completo.

—Eso está mejor. ¿Nos sentamos en nuestros sillones de tortura?

Wilson sonrió; después, asintiendo con un gesto de cabeza, tomó asiento en un sillón, colocándose los cinturones de seguridad y dando a la palanca, que hizo que el asiento basculase como el de un barbero.

Donald le imitó.

—¿Estás bien? —inquirió, al cabo de un momento.

—Perfectamente. —Ahora no nos toca más que esperar. ¿Qué hora tienes?

—Menos tres.

Tres vueltas del segundero y bajo ellos, casi a cien metros, se encenderían los líquidos del primer cohete, lanzándolos ferozmente hacia arriba.

Donald frunció el entrecejo.

Hasta aquel momento, lo había tomado todo a broma, diciéndose que aquello no iba a ser más que un estupendo paseo que, al mismo tiempo, les cubriría de gloria, ya que iban a ser, indiscutiblemente, los primeros hombres en salir al desconocido espacio exterior.

Pero ahora…

La tremenda quietud del aparato, el denso silencio que reinaba en el interior del cohete; todo contribuía a hacer que una rara sensación de angustia fuese penetrando en su espíritu, ladina y traidoramente…

No pudo más y, para huir de aquel cepo que le oprimía el pecho, preguntó a su compañero la hora que era, incapaz de levantar el brazo para verlo por sí mismo.

—¿Qué hora es, John?

—Falta solamente un minuto, Donald.

¡Un minuto!

Cerró los ojos, haciendo lo imposible por evitar el empezar a contar; pero sin conseguirlo.

Veintitrés… veinticuatro… veinticinco…

Sabía perfectamente que aquello que contaba no eran los segundos de su reloj, sino los latidos de su corazón, que iban mucho más aprisa que la manecilla del segundero.

Cuarenta y siete… cuarenta y ocho… cuarenta y nueve…

Hacía muchísimo tiempo que se habían terminado los fracasos del principio y ya no se volvieron a ver aquellos rostro descompuestos en cabo Cañaveral; pe— ro tampoco podía olvidar que aquél era el primer intento para enviar un satélite artificial con gente dentro y que él, Donald Olsen, *estaba precisamente allí,* casi ya camino de la negrura del espacio.

Cincuenta y nueve… sesenta…

No ocurrió nada, lo que volvió a demostrarle que había contado

demasiado rápidamente, como si tuviese prisa por acabar con la horrenda duda que le barrenaba el cerebro.

El trueno le sobrecogió tan intensa como descuidadamente. Era algo así como un temblor que lo sacudía todo, como si algo tremendo acabase de estallar a sus pies.

¡Y eso era, precisamente, lo que debía haber ocurrido!

La masa de combustible se había inflamado, explotando sesenta metros más abajo, en las toberas del primer segmento, lanzando por ellas una masa de nueve toneladas de gases, que buscarían afanosamente un sitio para estrellarse.

Luego, el silencio.

La seguridad de que el experimento había fracasado le llenó, sin saber por qué, de un júbilo casi infantil. Si el lanzamiento había fracasado, no formaría parte del próximo, de eso estaba completamente seguro, ya que nadie, ni el mismísimo presidente en persona, lograría obligarle a convencerle de que volviera a subir a aquella cárcel metálica.

El silencio era tan completo, que pensó que lo mejor sería levantarse y asomarse por la mirilla transparente, o hacer funcionar el aparato de televisión para enterarse de los pormenores del fracaso.

Pero, al intentar incorporarse, notó que una fuerza tremenda le aplastaba contra el asiento y que todo esfuerzo era inútil.

La verdad se abrió paso en su mente.

¡Habían sido lanzados! La ausencia de ruido significaba, simplemente, que marchaban hacia arriba, a mucha más velocidad que el sonido, dejado atrás, incapaz de alcanzarlos, el fragor de las explosiones de los cohetes y el rugido de los gases que salían inflamados por las toberas.

—¡Dios mío! —musitó.

La idea de que la Tierra se iba quedando progresivamente más lejos le procuró una nueva sensación de angustia, como si aquella esfera de la que se alejaban a tan tremenda velocidad hubiese sido la expresión de la única posibilidad de vida y el viaje una agonía en cuyo final no podría hallarse más que la muerte.

Sobrecogido, mantuvo los ojos fuertemente cerrados, incapaz del menor movimiento, pensando sólo y aferrándose a aquella facultad de pensar como la de mostración inequívoca de que seguía viviendo.

El recuerdo del *Sputnik* en el que viajó la perrita Laika le asaltó bruscamente. E intentó recordar los detalles de todo lo que había leído sobre aquel asunto, comparándolo con su propia situación.

Le parecía leer, por anticipado, los editoriales de la prensa en los que se comunicaría al mundo que los dos hombres del *Space* no daban señales de vida.

Poco a poco, las esperanzas seguirían disminuyendo, hasta que nadie dudase de que allá arriba, a muchos kilómetros de la superficie, dos cadáveres flotaban en el espacio, dentro de una especie de sarcófago metálico, cuyos mecanismos automáticos continuarían enviando señales a la Tierra, mientras los cadáveres, incapaces de corromperse en el frío estelar, yacerían en el interior del satélite hasta que éste se destrozase al frotar con la atmósfera.

Era una sensación desgarradora, sobre todo porque no podía hacer nada por evitar el destino, que parecía íntimamente unido a la fuerza de los gases que salían por las toberas.

¿Por qué toberas? Debían haber dejado caer ya el primer trozo del cohete o quizá hasta el segundo. Si así fuese, la tercera porción se encargaría, lograda ya la altura deseada, de lanzarlo definitivamente a la órbita calculada, empezando entonces el interminable giro alrededor del planeta.

La presión que había experimentado sobre su pecho y que le pareció una losa que le aplastaba casi, fue cediendo paulatinamente y su respiración se hizo cada vez más normal.

No recordó nunca cuánto tiempo tardó en considerarse definitivamente bien; lo que no olvidaría jamás fue que acercó sus trémulos labios al micrófono, situado en la parte inferior de la pieza que sujeta el mentón, en el interior de la escafandra, y que musitó, más que dijo:

—¿Estás ahí, Wilson?

La voz de su amigo le llegó lejana, como si le hablase del otro lado del mundo.

—Sí, Donald... ¿Qué tal?

—Lo he pasado bastante mal... ¿Y tú?

—Yo también lo he pasado bastante apretadillo. Creí que iba a ahogarme, palabra.

Hubo un silencio, como si ambos jóvenes lo necesitasen para rememorar la angustia que acababan de atravesar.

Luego habló Wilson:

—¿Dónde estamos, amigo?

—No lo sé. Si seguimos mejorando de estado, nos levantaremos enseguida, ¿no te parece?

—Creo que sería lo mejor que pudiésemos hacer.

Donald se movió, deshaciendo las hebillas que ligaban sus cinturones de seguridad. Maniobraba despacio, con todo cuidado, como si en vez de correas se tratase de objetos frágiles.

Finalmente, se halló completamente libre.

Estaba decidido a ponerse de pie y dar una sorpresa mayúscula a su amigo que, sin duda alguna, estaba esperando para ponerse de acuerdo y levantarse al unísono de Donald.

«¡A la una... a las dos... y a las tres!»

Se incorporó, aterrorizándose al mismo tiempo, ya que se vio lanzado, a una velocidad vertiginosa, contra la pared opuesta del satélite, pasando por encima del sillón donde yacía John y golpeándose, primeramente en el techo cóncavo y, finalmente, contra la pared repleta de instrumentos.

El dolor le hizo emitir, muy a pesar suyo, un grito y oyó la voz de Wilson que, angustiosamente, le preguntaba qué le ocurría.

—¡No te muevas de tu asiento, muchacho, por el amor de Dios!

—Pero, ¿qué te ha pasado?

—He salido lanzado contra el techo y me acabo de pegar un golpe de aúpa.

Llegó a su micrófono la risa de su compañero.

—¿Puede saberse lo que te está haciendo tanta gracia? —inquirió, con un tono de amargura en la voz.

—¡Eres un cabezota, Donald! ¿Cómo has podido olvidar lo que te han repetido tantísimas veces?

—¿De qué se trata?

—¡Pero, hombre de Dios! ¿Es que has olvidado que a la velocidad que nos movemos y a la altura que debemos estar, ya no existe la fuerza de la gravedad?

Olsen tardó un poco en contestar.

—¿Y quién iba a acordarse en estos instantes de esa maldita gravedad de todos los diablos? Yo quería, sencillamente, sorprenderte al llegar junto a ti; pero, si llega a estar la ventana abierta, seguro que aparezco en Cabo Cañaveral, flotando como uno

de esos michelines de propaganda.

—¿Te has hecho mucho daño?

—Ya se ha pasado; pero el susto, no.

—Voy a soltarme.

—Ten mucho cuidado.

Donald había girado su cuerpo, con toda clase de precauciones y observaba, casi pegado al techo, el sillón donde su amigo estaba en aquel momento desasiéndose de las correas que le sujetaban al asiento.

Siguió curiosamente la maniobra de John; después, cuando el joven logró soltarse de los sujetadores, estuvo a punto de repetir la advertencia de que tuviese cuidado, pero llegó demasiado tarde.

Wilson, de la misma manera que le había ocurrido a él, salió disparado como una exhalación chocando violentamente con el techo. Al hacer un nuevo esfuerzo para separarse de la parte superior del satélite, se vio proyectado contra el suelo, desde donde rebotó nuevamente hasta que, al pasar junto al sillón, consiguió aferrarse a uno de sus brazos, chocando contra el asiento media docena de veces.

—¡Pareces de goma! —exclamó Olsen, riéndose.

—Es espantoso —replicó John—; creí que no iba a parar jamás de darme golpes, pero, por fortuna, no me he hecho daño.

—Mejor. Ya veo que tendremos que aprender a movernos, lo que va a ser un poquito difícil, ya que, sin darnos cuenta, ponemos en cada movimiento la energía que era necesaria emplear para realizarlo en la Tierra.

—Voy a ver si puedo lograr un control. Además, debemos coger los zapatos imantados.

—¡Es verdad!

Wilson se movió, lentísimamente, haciendo que su amigo pensase en las imágenes cinematográficas obtenidas con cámara lenta.

El joven, tras lograr incorporarse a medias, se movió hacia uno de los rincones, abriendo, con sumo cuidado, un armario, del que extrajo dos pares de botas, cuyas suelas metálicas les retendrían al suelo del satélite, bajo el que había sido dispuesto un electroimán de cierta potencia.

Una vez se hubo calzado, Wilson se movió tranquilamente, con

una sonrisa de triunfo en los labios. Y mirando hacia el techo, donde seguía flotando su amigo, dijo:

—Ya puedes bajar.

Donald demostró ser menos hábil que el otro, ya que se golpeó varias veces antes de lograr situarse al lado de Wilson. Después, cuando hubo calzado el par que le correspondía, suspiró satisfecho.

—¡Uf, qué descanso!

Se dirigieron juntos, con una ansiedad apenas contenida, hacia el visor de proa, al que pegaron sus escafandras, lanzando una mirada al exterior.

Ya no podía caberles la menor duda.

Aquello, plateado y redondeado, que flotaba en el espacio, muy lejos de ellos, era la Tierra.

CAPÍTULO III

Contemplaron arrobados la superficie del planeta, sobre la que las nubes les impedían ver el contorno de su conocida geografía. La emoción que se apoderó de ellos les mantuvo sellados los labios durante largo rato, incapaces de hacer otra cosa que mirar hacia el exterior, contemplando un espectáculo que ningún hombre, antes que ellos, había visto.

—¡Lo hemos logrado, Wilson!

—¡Sí, Donald, lo hemos logrado!

—¡Hemos sido los primeros del mundo!

—Claro que sí. Los Estados Unidos pueden estar orgullosos.

Se abrazaron, estrechándose con los densos guantes que llevaban, como dos figuras grotescas, que hubiesen hecho sonreír al que los mirase.

—¡Hay que comunicar con el comandante!

—Eso es. Debemos llevar ya un buen rato dando vueltas a la Tierra.

Se movieron, todo lo rápidamente que les permitían sus pesadas botas —la atracción del imán les parecía peso—, acercándose al transmisor de radio. Al aproximarse, oyeron los silbidos de las emisoras automáticas.

—Deben estar oyéndonos desde el principio.

—Marshall estará preocupado, creyendo que nos ha pasado algo.

—Transmite tú —dijo Wilson.

Donald se arrodilló junto a la emisora y conectó su micrófono con el aparato del satélite.

—*Space* llamando a base…

No sabían en aquel momento si pasaban precisamente sobre los Estados Unidos o sobre otra parte cualquiera del planeta. Pero seguros de que la velocidad les haría sobrevolar la zona de la patria, emitieron sin cesar, lanzando siempre la misma llamada.

—*Space* llamando a base…

Hasta que, repentinamente, el altavoz trajo al espacio una nueva voz y con ella llegó el calor de los hombres que tan lejos estaban.

—¡Base contestando a *Space*! ¡Bravo, muchachos! ¡Lo habéis

logrado!

—¿Nos oye bien, comandante?

—Perfectamente. No podéis imaginaros la alegría que se respira hoy en todo el país, es decir, en todo el mundo, ya que la noticia se ha corrido como reguero de pólvora. ¿Cómo os ha ido?

—Bastante bien, aunque no sabemos dónde estamos.

—En la órbita prevista, muchachos. A tres mil kilómetros, aproximadamente.

—¿Cuánto tiempo tardamos en dar la vuelta?

—Unas dos horas y media. Tenéis quince minutos de emisión positiva con nosotros. Ese tiempo tendremos que aprovecharlo muy bien.

—Lo comprendemos. ¿Cuáles son las órdenes?

—A eso iba, precisamente. Hay, en el compartimiento número 25, un sobre lacrado que tenéis que abrir. Seguid al pie de la letra lo que dice en el pliego que contiene.

—De acuerdo.

—Otra cosa. Id anotando todo lo que pase de extraordinario, pero nada más que eso, ya que los aparatos automáticos nos van transmitiendo todo lo que deseamos saber. ¿Habéis comido?

—Aún no.

—Hacedlo cada seis horas, sin descuidaros. El frió de las rápidas noches desgasta mucho la energía del organismo. Tendréis un día dé una hora y cuarto, y una noche de aproximadamente la misma duración. Creo que los aparatos de conservación de temperatura marcharán bien; pero, no obstante, vigiladlos constantemente.

—¿Algo más?

—Nada. Se está acabando el tiempo de emisión y pronto estaréis lejos del alcance de nuestras emisoras. De todas formas y por si algo os ocurriese, tenemos «escuchas» en Francia, Inglaterra, España, Turquía y un número de países asiáticos. Ya sabéis que la clave es «Space».

—Perfectamente.

—Bueno, muchachos, seguid como hasta ahora y pedidme todo lo que queráis.

La voz se debilitó seguidamente, hasta apagarse en un eco ronco.

Donald se volvió hacia su compañero.

—¿Qué te parece?

—Me alegro de haberlo conseguido. ¡Imagínate la alegría que tendrán— hoy nuestros paisanos!

Hubo una corta pausa.

—Oye, Wilson, ¿qué demonios querrá decir eso de las instrucciones del sobre lacrado?

—Es verdad. Veámoslo ahora mismo.

Momentos más tarde, Wilson desgarraba nerviosamente el sobre, sacando un papel azul, que desdobló cuidadosamente.

—Lo ha firmado Marshall —dijo. —Léelo —rogó su compañero —. No puedo más de impaciencia.

—Ya voy.

Y colocándose del lado de la luz, que pendía del techo:

«De la comandancia de la base de Cabo Cañaveral a los pilotos del satélite artificial *Space.* Este pliego que solamente será leído de haberse logrado favorablemente la órbita prevista anteriormente, hace saber a los pilotos del *Space* la verdadera misión que se les ha encomendado y que se explica de la siguiente manera:

»Primero: El lanzamiento del *Space* constituye la primera fase de la definitiva conquista del espacio exterior, conquista que, hoy más que nunca, necesitan los Estados Unidos para poder garantizar, como hasta ahora, la paz de los países libres.

»Segundo: El *Space,* siguiendo los planes establecidos por nuestros hombres de ciencia, especialmente por Von Braun, constituirá el núcleo primario de la primera estación espacial que el hombre tenga en el espacio.

«Tercero: Veinticuatro horas después de lanzado el *Space* y cuando se considere que su situación y marcha corresponden a los cálculos previstos, situándolo fuera de cualquier órbita perjudicial que acabase lanzándolo contra la atmósfera, se procederá al lanzamiento de los «elementos» que, yuxtapuestos, irán formando la Gran Estación Espacial de los USA.

«Cuarto: Los pilotos del *Space* llevarán a cabo todos los trabajos necesarios para el montaje de esa estación que, debido a las especiales condiciones del espacio exterior, no serán excesivos para los dos hombres.

«Quinto: Una vez montada la Primera Estación Espacial, se procederá al lanzamiento de la guarnición de ella, relevándose en dicho momento a los pilotos del *Space,* que serán recompensados por

el país agradecido.

»Sexto: Hasta la llegada de la precitada guarnición, los pilotos del *Space* considerarán el satélite y la estación, cualquiera que fuere su estado, como un trozo integrante del suelo de los Estados Unidos, que defenderán, incluso con la vida, ante cualquier atentado extraño.»

* * *

El helicóptero se posó blandamente sobre la terraza con la suavidad de una grácil libélula.

Pero para los hombres que trabajaban día y noche en el montaje del colosal cohete *Ucrania,* el comisario Ilionov significaba siempre situaciones equívocas y castigos disparatados.

Saliendo apresuradamente de su despacho situado en la misma terraza, el obeso general Tonovitch corrió sobre sus cortas piernas, hacia el hombre delgado y erguido que acababa de descender de la cabina del aparato.

—¡Camarada comisario!

El otro le miró fríamente, sin preocuparse lo más mínimo de disimular el desagrado que le causaba verle.

Había venido, en la última semana, dos veces desde Moscú para instar a los que laboraban allí a que terminasen cuanto antes el trabajo, ya que el Kremlin deseaba lanzar el *Ucrania* lo antes posible y el lanzamiento se había retardado por la rotura de uno de los segmentos, que se había escapado misteriosamente de la grúa que lo estaba montando sobre el cuerpo principal.

Aquel fracaso había costado el destierro —y probablemente la vida— a dos de los técnicos más importantes. Dos nuevos habían llegado de la ciudad de Atomgrado y trabajaban ahora, como todos, a la máxima velocidad, para conseguir montar definitivamente el colosal aparato. —

—Todo va bien, camarada comisario —decía Tonovitch, siguiendo con dificultad el largo paso del otro.

—Eso espero. Vamos a tu despacho.

Cerró la puerta tras sí, tomando asiento en el sillón, detrás de la

mesa, dejando al general que se sentase en el de los visitantes.

—¿Ya sabes que los americanos han conseguido un verdadero éxito?

—No sabía nada, camarada.

—Es verdad. La Agencia Tass no ha dado aún la noticia, ni *Pravda* ha publicado nada. Pero, de todas formas ésa es la verdad: los yanquis han lanzado el *Space,* que se mueve ahora por la órbita prevista, a 3.000 kilómetros de la Tierra.

—¿Y... no caerá?

—Eso es lo que estamos estudiando en este momento. La órbita lograda por los americanos parece, a primera vista, perfecta, y ellos están plenamente convencidos de que el *Space* se mantendrá en su trayectoria un tiempo indeterminado; pero, de todas maneras, esperaremos.

—¿Por qué?

—Sencillamente porque desconocemos los propósitos de los estadounidenses. ¿Para qué han lanzado el satélite? ¿Piensan, como nosotros, en el dominio del espacio exterior? —y, después de una pausa—: Los americanos pueden haber lanzado su satélite artificial tripulado para dar mayor fuerza a su propaganda, haciendo ver a los demás países capitalistas que siguen siendo el «faro de Occidente», «la nación más poderosa de la Tierra», etcétera.

Lanzó un suspiro. —Si ha sido así —prosiguió—, nada nos importa el *Space,* y seguiremos nuestros estudios y nuestros planes, sin hacer caso de todas esas estupideces. Pero si se tratase de otra cosa...

—De que tuviesen nuestros mismos deseos, ¿no es cierto?

—Eso es. Si los yanquis se proponen controlar el espacio exterior, tal posición sería una amenaza directa contra la Unión Soviética y entonces intervendríamos, de una forma que no dejase lugar a dudas sobre nuestros reales propósitos.

—Entiendo.

—Por eso necesitamos que el *Ucrania* se termine enseguida, y que no vuelvan a repetirse los fallos de montaje. Verdad es, entre nosotros, que nuestro cohete es casi doble que el de los americanos y que nuestro satélite, a pesar de llevar dos tripulantes, como el *Space,* tiene diez veces su diámetro, debido a la carga «especial» de que está dotado. Pero, a pesar de todo esto, no podemos consentir la

menor demora.

—Creo que acabaremos el montaje dentro de dos días.

—Me parece bien. De todos modos, no procederemos a su lanzamiento hasta no conocer, exactamente, las intenciones del enemigo.

—Hablas como si estuviésemos en guerra, camarada comisario.

Este le miró despectivamente.

—¿Y no lo estamos?

—¿Tú crees?

—¡Naturalmente! La guerra fría, que hemos sostenido todos estos años, no era más que una escaramuza sin importancia. Ahora, amigo mío, la verdadera guerra es inevitable, ya que quien domine el espacio exterior será el dueño del mundo.

—¿Cómo lo entiendes? —Muy fácilmente., Los satélites tripulados y las futuras estaciones girarán alrededor de la Tierra, sobrevolando todos los continentes. Su posición ofensiva será formidable y, además (y eso es lo más importante), estarán fuera del alcance de cualquier arma humana.

—¡Es fantástico!

—¿Supones lo que significaría que una estación americana nos sobrevolase cada dos horas?

—Apenas...

—Pues debes imaginarlo. Desde ella pueden enviarse proyectiles dirigidos, con puntas atómicas o nucleares, que ninguna clase de defensa lograría parar. Así, los tripulantes de una estación del espacio serían, al mismo tiempo que su gobierno, los dueños absolutos del mundo. Cualquier desobediencia sería aplastada en pocos instantes.

—¡Pero eso es horrible!

—Eso es, sencillamente, la realidad. Y tenemos que vivir con ella, si es que queremos vivir.

Hubo un corto silencio; el comisario dijo:

—Todo depende, como te he dicho antes, de las intenciones de los americanos. Si se limitan a mantener el satélite, recuperando después a sus dos tripulantes, si se conforman con la gloria de haber sido los primeros en lanzar astronautas capaces de pilotar satélites, el peligro de una nueva guerra será menor de lo que ahora tememos.

»Pero si sus deseos estratégicos coinciden con los nuestros, y esto

es lo más seguro, se iniciará una guerra completamente distinta a las que la humanidad ha colorido hasta ahora… ¡Una guerra de satélites artificiales!

—¿Podremos ganarla?

—Indudablemente. Nuestra preparación es mayor y más importante que la de los americanos.

—¿Y no pueden ellos poseer los mismos medios?

—Teóricamente, sí; pero, no conociendo nuestros planes, es casi seguro que los reserven para un próximo porvenir.

—Eso nos da una cierta ventaja.

—Sí.

Guardaron silencio, saliendo después, a un signo del comisario, para visitar la marcha de los trabajos.

El *Ucrania* se levantaba ya, como una torre imponente, apuntando al cielo con su extremo brillante y plateado.

—¿Cuándo colocaréis el satélite?

—Esta misma noche.

—Tened mucho cuidado. Si colocáis las redes protectoras, evitaréis una catástrofe en caso de que, como la otra vez, fallen las grúas.

—Sí que las colocaremos, camarada; pero, de todos modos, he dispuesto cinco grúas que trabajarán, al unísono, para elevar el cuerpo del satélite.

—¿Y los pilotos?

—En sus habitaciones.

—Vamos a verlos.

Atravesaron la amplia explanada, deteniéndose ante la puerta de uno de los pequeños edificios adicionales, donde habitaban los dos hombres que iban a tripular el *Ucrania.*

Momentos más tarde, estaban junto a ellos.

—¿Cómo van esos ánimos, camaradas? —inquirió el comisario Ilionov, después de tomar asiento en uno de los sillones de la estancia.

—Nos devora la impaciencia —dijo Kunov.

—Lo comprendo, pero hay que saber refrenarse. Se os va a exigir una clase de labor en la que el esfuerzo será constante, ya que es posible que el enemigo no se limite a encajar el golpe que vamos a propinarle.

—Estamos dispuestos.
—Ya lo sé.
Encendió Ilionov un largo «papirossi», y después de lanzar una bocanada de humo azulado hacia el techo, preguntó:
—¿Habéis leído la instrucción número tres?
—Sí, camarada.
—¿Qué os ha recordado?
Fue Skolenko quien contestó:
—A mí me ha recordado la guerra submarina.
—Perfectamente. Veo que lo habéis entendido como yo pensaba. Y os habréis dado cuenta de que, tal y como se considera al enemigo en esas instrucciones, no tenéis que temer nada, al menos al principio.
—Sí, ya lo he visto.
—Después, si las cosas se complican, ya no estaréis solos. Los nuevos elementos que se os enviarán estarán acompañados por nuevos satélites, lo que hará que nuestra base espacial sea lo suficientemente importante y poderosa como para evitar el establecimiento de cualquier otro satélite que el enemigo ose enviar.
—De acuerdo.
Ilionov se levantó.
—Ya no tengo que hacer nada aquí. Por fortuna, todo marcha perfectamente bien y ya no nos queda más que esperar las órdenes pertinentes.
—¡Ojalá lleguen pronto!
El comisario miró a Dimitri, y sonrió.
—No te preocupes, camarada Skolenko. Regreso inmediatamente a Moscú, y estoy seguro de que allá ya conocerán las verdaderas intenciones de los americanos. ¡Pronto podréis demostrar a esos perros la verdadera potencia de nuestra patria! Se cuadraron militarmente, estrechando después la mano que el comisario les tendía.
Este y el general Tonovitch salieron a la explanada.
—Es excelente la moral de esos muchachos —dijo Ilionov.
—Llevan cerca de un año preparándose intensamente, y es natural que estén deseando demostrar de lo que son capaces.
Y sonrió, orgulloso, seguro de que el comisario informaría favorablemente en Moscú del estado de aquella base de la que iba a

depender el futuro de la hegemonía soviética en el mundo.

CAPÍTULO IV

Al detenerse en la acera, Rudolph tiró el cigarrillo, aplastándolo con una rabia incontenible con el tacón de su zapato. Después, antes de entrar en la casa, junto a cuya puerta se había detenido, lanzó una mirada nada agradable a los periódicos que colgaban de los bastidores de un quiosco que había al lado.

¡Por todas partes igual!

Desde que el *Space* había llegado a su órbita, todo había sido gloria y entusiasmo hacia los dos hombres que habían hecho posible aquel triunfo de los Estados Unidos de América.

La prensa, la radio, la televisión... ¡todos los medios de difusión no cesaban de loar la hazaña, con términos cada vez más entusiastas!

Los nombres da Donald Olsen y John Wilson habían recorrido el mundo, haciéndose los más famosos de todas las épocas.

«Hombres del espacio»... «Pioneros de las estrellas»... «Caballeros estelares»... «Señores del infinito»...

¿Qué no había sido dicho sobre ellos?

¿Qué adjetivo encomiástico faltaba para colocarlo detrás de los nombres de aquéllos dos hombres?

Fleet se mordió los labios, profundamente herido.

Ahora se daba cuenta —perfectamente— de la ju— garreta que le había hecho su miedo, su cobardía, ya que estaba completamente seguro de que el *Space* no llegaría jamás a la órbita que los investigadores le habían señalado...

¡Y había dejado escapar aquella magnífica única ocasión!

¡Qué imbécil había sido!

Porque ahora, por lo que había oído decir al comandante Marshall, estaba completamente seguro de que John regresaría. Y sólo pensar en el recibimiento triunfal de que sería objeto, de todo lo que iba a recibir como premio a su audacia y a su valor, le poma tremendamente enfermo.

Penetró en el portal, cogiendo el ascensor que le dejó en la última planta. Una vez allí, llamó a la puerta, siendo recibido por una linda enfermera que le sonrió, saludándole.

—¡Buenos días, señor Fleet!

—Hola, señorita Emma. ¿Cómo está Mary?

—Un poco mejor.

Atravesó él el pasillo, llegando a una habitación, al fondo de la casa, cuya puerta estaba ligeramente entreabierta.

—¿Eres tú, Rudolph? —inquirió una voz cantarína desde dentro.

—Sí.

Empujó el joven la puerta, lanzando una mirada al lecho en el que yacía una muchacha rubia muy linda /lúe, apoyada sobre los almohadones, tenía sobre la colcha verdaderos montones de periódicos.

La vista de aquellas fotos sobradamente conocidas para él, hizo que Rudolph frunciese el entrecejo.

—¿Cómo te encuentras? —dijo, posando un frío beso sobre la frente de la muchacha.

—¿Cómo quieres que me encuentre? ¡Maravillosamente bien! ¡Con todo esto a mí alrededor! —y señaló con un gesto de triunfo los periódicos que la rodeaban—. ¡Qué éxito, amor mío! Emma me ha comprado prensa extranjera y, aunque no entiendo ni una sola palabra, me llena de alegría el ver el nombre de John por todas partes y su foto, en la primera plana de todos los periódicos del mundo...

—Sí, ya lo veo.

—Es una sensación estupenda —prosiguió ella, cada vez con un mayor brillo en sus ojos azules—. ¡Ser la hermana de un héroe como John' ¡Qué maravilla!

Fleet se notaba nervioso y su irritación no dejaba de crecer. Al mismo tiempo, contraía espasmódicamente los músculos de la cara, lo que hacía que su rostro se endureciese por momentos.

—¿Has leído el artículo del *Life*? Dicen que les concederán, la medalla del Congreso en cuanto vuelvan, y que les nombrarán Caballeros del Espacio, ascendiéndoles a comandantes y proporcionándoles una pensión especial.

Los puños del hombre se cerraron con tal fuerza que los nudillos se tornaron completamente blancos.

—El *Post,* por su parte —siguió diciendo la muchacha, que no se había percatado, llevada por su entusiasmo sincero, de la irritación de su interlocutor—, propone que se les pague un viaje alrededor del

mundo. ¿Qué te parece?

—¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!

Ella le miró con los ojos desmesuradamente abiertos, más sorprendida Que asustada.

—¿Qué te pasa, Rudolph? ¿Te sientes mal?

El se mordió los labios antes de contestar.

—¿Y me preguntas lo que me pasa? ¿Tienes el cinismo de preguntarme qué me ocurre?

—Yo...

—¡Eres tan hipócrita como tu querido hermanito!

—De verdad que no comprendo...

—¡Yo sí que lo comprendo todo! —rugió él, fuera de sí por completo—. ¡Sois iguales! ¡El héroe! ¡El caballero del espacio!

El brillo de la mirada de Mary se fue apagando paulatinamente y una gran tristeza hizo que la palidez de su rostro se acentuase.

—¿Qué te ocurre? —inquirió con un hilo de voz.

—¡Que estoy harto de vosotros! ¿Sabes por qué salió tu hermanito en el *Space*? ¿Sabes por qué se ha convertido en un héroe?

—No lo sé, Rudolph.

—¡Porque me robó mi papeleta en el sorteo! Hizo una canallesca trampa y yo, por ser tu hermano, no le destrocé la cara a puñetazos. ¡Quería, a toda costa, convertirse en un héroe! Y no dudó en cambiar las papeletas del sorteo, abusando miserablemente de nuestras... relaciones.

Mary estaba tan blanca como el almohadón donde reposaba su cabeza.

—¡Eso no es verdad! ¡John es incapaz de hacer una cosa así!

El se encogió de hombros.

—¡Ya salió la defensa familiar! ¡John no es capaz de una cosa así...! ¡Pobrecito! ¡Es un ángel caído directamente del cielo!

—No debes hablar así, Rudolph. John no lo merece...

—¡Eso es lo que tú crees, infeliz! Además no debería extrañarme que él, como tú, estuvieseis cargados de hipocresía, de doblez... ¡Después de todo, vuestro padre estuvo en la cárcel por falsificador!

—¡Rudolph!

—¿Vas a decir que es mentira? ¿Crees que podríais engañarme? ¡Ya procuré enterarme, leyendo en los periódicos de la hemeroteca!

Me refiero a los periódicos de la época.

—¡Basta!

—Te hacen daño las verdades, ¿no es así? ¡El muy honorable señor Wilson, condenado a quince años por falsificación de cheques y abuso de confianza!

—¡Basta... te he dicho!

—¡No me callaré! Diré a todo el mundo lo que lleva en la sangre ese caballero del espacio... ¡Diré a los periodistas que es el hijo de un delincuente!

Mary respiraba cada vez con mayor dificultad, y las palabras salían muy débilmente de su boca.

—Por favor...

—Te das cuenta de que tengo razón, ¿verdad? ¿Y el daño que me habéis hecho? ¿Crees que voy a dejar que tu hermano se convierta en un héroe, habiéndome robado mi puesto?

—Por favor...

Apareció, en aquel momento, en el umbral, la enfermera, que lanzó una mirada asustada a la muchacha que yacía en la cama. Después, acercándose al hombre, preguntó:

—¿Se ha vuelto usted loco? ¿No sabe que puede matarla y que no debe tener ningún disgusto?

—¿Quién le ha dado vela en este entierro?

Los ojos de Emma brillaron como ascuas.

—¡Fuera de aquí, malvado! ¡Fuera de aquí, si no quiere que llame a la policía!

El se encogió de hombros, abandonando la estancia y después la casa.

Una vez que la enfermera se percató de que se había ido, corrió hacia el lecho, viendo con horror que la muchacha había perdido el conocimiento. Tomando una de sus muñecas, palpó el pulso apenas perceptible.

Loca de terror, se precipitó a la sala vecina, marcando nerviosamente el número del doctor que atendía a Mary. Después de avisarle, volvió a la alcoba, sentándose junto a la cabecera de la enferma, sin dejar de tomarle el pulso.

La llamada del médico la sobresaltó.

Momentos más tarde, el médico auscultaba a Mary, con el entrecejo profundamente fruncido.

Emma, a su lado, sentía una angustia creciente que le invadía el pecho. Conocía a los Wilson desde hacía muchísimo tiempo y había tomado el cuidado de Mary a instancias de John, al que apreciaba sinceramente.

El médico se incorporó, guardando silenciosamente el fonedoscopio. Después, en medio del silencio que reinaba en la estancia, sus palabras sonaron como una verdad terrible.

—Ya no podemos hacer nada por ella… Ha muerto.

* * *

Después de leer el contenido de las instrucciones que acababan de sacar del armario del satélite, los dos amigos se miraron en silencio.

—¿Qué te parece? —inquirió Donald.

—Que el asunto es muchísimo más serio de lo que pensábamos al principio.

—¿Lo dices por lo de montar la estación?

—No. Lo digo por ese último artículo, en el que se nos previene de un ataque extraño. —También me ha llamado la atención ese parrafito. ¿A qué se referirá?

—¿Eres tonto? Solamente los rusos son capaces de jugarnos una mala pasada.

—No estoy seguro de que el aviso se refiera a eso.

—¿Entonces?

—Aquí dice «ataque extraño». ¿No te dice nada esa manera de expresarse?

—No.

—A mí, sí. «Extraño» significa que viene del exterior, de los habitantes de otro planeta, por ejemplo.

Sin poderse contener, John lanzó una ruidosa carcajada.

—¿De qué te ríes?

—De ti. ¡Qué imaginación, amigo mío! Ya estás viendo a los marcianos, con sus ocho pares de patas, viniendo a pedirnos la documentación por estas latitudes. ¿Sabes que has equivocado tu profesión? Deberías haberte dedicado a escribir relatos futuristas.

—No veo la gracia por ninguna parte.

Durante los días siguientes —un día duraba para ellos algo menos de dos horas—, se dedicaron a observar el espacio que les rodeaba, comunicándose con la base cuando podían.

Raymond Marshall les advirtió que debían prepararse para recibir los primeros elementos de la estación satélite que iban a ser lanzados de un momento a otro.

—En cuanto estén en vuestra misma órbita —dijo—, podréis salir del satélite, sin olvidar el poneros los «monorreactores», y sin olvidar tampoco el manteneros atados, por un cable de seguridad, al *Space.* Las piezas de la estación van numeradas y también los sitios a los que deben ser unidas, en la superficie del satélite. Como no se puede soldar en el vacío, tenéis en el armario 54 una pasta que utilizaréis como cemento para que las piezas queden definitivamente unidas.

—¿Qué tiempo tendremos que esperar para tener toda la estación?

—Un par de días... de los nuestros. El montaje es sencillísimo y como, gracias a la falta de gravedad, el peso no existe, podréis arrastrar las piezas, algunas de siete toneladas, como si se tratara de hojas de papel de fumar.

Donald exclamó:

—¡Formidable!

El comandante dijo:

—No olvidéis, sin embargo, que aunque el peso no existe en el lugar en el que estáis, la masa no ha desaparecido.

—¿Y qué haremos con esa dichosa masa? —inquirió Donald sin poder evitar una sonrisa ligeramente sarcástica.

—Tened mucho cuidado. Al tirar de las piezas, procurad hacerlo lenta y suavemente. Si lo hacéis con violencia, la masa os arrastrará, haciendo inútiles y vanos todos vuestros esfuerzos por acoplarlas al satélite.

Ambos comprendieron la explicación.

—Entiendo. ¿Puedo hacerle una pregunta, comandante?

—Las que quieras.

—¿Qué quiere decir eso de «un ataque extraño»? ¿A quién se refiere?

—Pues...

Tardó Raymond unos segundos en contestar:

—Si lo supiéramos nosotros —dijo, finalmente—, no hubiésemos utilizado la palabra «extraño». ¡Quiera Dios que nos hayamos equivocado y que ese artículo de las instrucciones quede sin valor! Pero tendréis que ser vosotros los que nos digáis, en caso de que algo ocurra, quiénes son esos extraños.

—De acuerdo. .

—En cuanto a conocer el momento en que las piezas de la estación llegarán a vuestra órbita, habréis de utilizar el radar, organizando una serie de guardias ininterrumpidas, descansando uno de vosotros mientras el otro vela.

—Okey.

Así la hicieron, a partir de aquel instante.

Una de las cosas que más divertían a Donald, cuyo buen humor era constante, consistía en el momento de tomar alimentos.

Dos de los monumentales armarios del interior del satélite estaban completamente destinados al alimento líquido —una mezcla de calorías y vitaminas—, que los astronautas tomaban tres veces por día, chupando de unas gomas que surgían de los depósitos...

La primera vez que tomaron «el biberón», como Olsen lo había bautizado, pasaron muy serios apuros, ya que la falta de fuerza de gravedad hacía inútil todo esfuerzo de succión y Donald, que fue el primero en probar la comida, se vio inundado por el chorro imponente que salía del tubo y que, después de atragantarle, cayó sobre el suelo del satélite, inundándolo parcialmente.

John rió a carcajadas.

Se dieron cuenta muy pronto de que el líquido salía sin esfuerzo alguno y que bastaba abrir la espita para que el alimento pasase directamente a sus bocas.

Pero también se dieron cuenta de otras muchas cosas y una de ellas fue el ver que, al abrir la boca, cuando ésta se hallaba llena de saliva, constituía un espectáculo curioso y divertido, y que el líquido salía al exterior flotando en el interior del satélite. Estas y otras curiosas experiencias les demostraron todo lo que podía ocurrir en un ambiente que, como aquél, estaba exento de la fuerza de la gravedad.

Durante los días siguientes —se habían decidido a contar el tiempo con el reloj de a bordo, ya que la sucesión alocada de

aquellos días y noches de dos horas de duración les desorientaba constantemente—, se dedicaron a recoger los trozos de la estación, que empezaron a llegar poco después.

La primera vez que la pantalla de radar marcó la presencia de un objeto en la órbita, constituyó un momento de emoción para ambos jóvenes; después, al ver el trozo de estación que flotaba, no lejos del satélite, se sintieron impelidos por un entusiasmo feroz, saliendo de la esfera donde les parecía haber estado encerrados una eternidad.

Ligados a los cables de seguridad, se movieron, gracias a los chorros que brotaban de los «monorreactores», desplazándose con una gran facilidad en el espacio.

Las instrucciones del comandante Marshall se siguieron con todo detalle; pero, de todos modos, uno de los grandes trozos estuvo a punto de causarles un mal irreparable, al olvidar Donald lo que Raymond le había indicado respecto a la masa.

En efecto, fuera del campo gravitatorio de la Tierra, el concepto y la realidad de peso desaparecían por completo, pero la masa, demostrando la densidad material de los cuerpos, seguía imperando y, sin su manifestación de peso, incitaba a errores que podían alcanzar una gravedad extraordinaria.

Así, una plancha de aluminio, de la que se tiraba tan fácilmente como de otra de hierro macizo, poseían distintas cualidades respecto a la aceleración, y mientras la primera era fácilmente "frenable", debido a su escasa masa, la segunda, de no tener cuidado, arrastraba a los dos astronautas, y los hubiese hecho estrellarse contra el satélite hacia el que conducían las planchas, de no haber tenido cuidado en la manipulación.

Las enseñanzas les sirvieron para habituarse rápidamente, y después de uno o dos fracasos, por fortuna sin importancia, se convirtieron en verdaderos maestros, montando la estación a una velocidad asombrosa.

El satélite formaba el núcleo central de la estación, y los elementos que fueron llegando constituyeron primeramente los radios de una enorme rueda que, al final, fue la totalidad de aquella base espacial.

Tanto los «radios» como los segmentos circulares estaban completamente huecos, y constituían una serie de pasillos que comunicaban al satélite con las dependencias de la periferia, donde

había alojamientos para la futura guarnición, laboratorios y otras secciones no menos importantes.

Seis días terráqueos después del lanzamiento del primer segmento, la Primera Estación Satélite estaba completamente montada.

Contemplándola desde el núcleo central, la «rueda» tenía medio centenar de metros de diámetro y causaba un verdadero placer contemplar aquella obra que flotaba majestuosamente en el espacio.

Durante una de las jornadas de trabajo, Donald atendió a la llamada cotidiana de la base de Cabo Cañaveral.

Aquel día, la voz del comandante sonaba extraña.

—Tengo que darle una mala noticia, Olsen.

Donald no contestó.

—¿Me oyes? —inquirió el comandante.

—Sí, señor.

—La hermana de Wilson ha muerto.

—¿Eh? —Sí. Ya sabías que padecía del corazón. Parece ser que tuvieron un disgusto, Fleet y ella... Muy lamentable.

—Ya sabía yo que Rudolph era el prometido de Mary.

—¿Conocías a la muchacha?

—Sí.

Hubo una corta pausa.

—¿Dónde está Wilson?

—Montando el último tramo, señor.

—Tendrás que decírselo, Donald.

—Lo haré, mi comandante.

Pero, en contra de lo que deseaba hacer, Olsen no se atrevió, en todo aquel día, a decir nada a su amigo. Y fue precisamente éste el que, al empezar la corta noche espacial del satélite, dijo:

—He de decirte algo, Donald.

Olsen se sorprendió, pero, dominándose, invitó:

—Tú dirás.

—Es algo delicado, que me hubiese gustado decirte antes. Verás —se notaba el esfuerzo que estaba haciendo para encontrar las palabras apropiadas—, yo no debía haber venido contigo.

—¿Qué demonios quieres decir?

—Que en mi papeleta había escrito «mala suerte».

—¿Eh? ¿Has perdido la chaveta?

—Te estoy diciendo la verdad. Fleet me prometió casarse con mi hermana si accedía, en caso de que él tuviese que venir al espacio, a cambiar su puesto. ¿Recuerdas que él no enseñó su papeleta, estrujándola entre sus dedos?

—Sí, ahora lo recuerdo.

—A él le tocaba ser tu compañero.

—¡El muy granuja!

—¿Qué quieres decir?

—¿Es que no te diste cuenta, John, de que obró así solamente por miedo?

—Puede ser; pero yo tuve que hacer lo que me decía. Ya sabes que Mary tiene una gravé enfermedad de corazón y que, después de todo, quiere a Rudolph y su felicidad era para mí lo más importante.

Donald asintió con la cabeza.

—Ya lo sé. Sin embargo, ese granuja se rió de ti.

—No lo creas. Yo estoy muy contento de haber venido contigo.

—Yo también, John; con toda franqueza, me alegro del cambio. Nunca fui muy amigo de Fleet.

Y no se atrevió, tampoco, a comunicar al muchacho la noticia de la muerte de su hermana.

CAPÍTULO V

Llevaban, once días terrestres en el espacio.

La última comunicación de la base, el día anterior, les había hecho saber que faltaban muy pocos días para que tres satélites, portadores de la guarnición que había de hacerse cargo de la Estación *Space,* saliesen de cabo Cañaveral hacia la órbita que ellos ocupaban.

En aquel momento y gracias a un dispositivo especial que llevarían los nuevos astronautas, los dos pioneros serían devueltos a la Tierra, donde podrían gozar de los honores y el descanso tan bien ganados.

Ambos estaban contentos.

Pasaban el tiempo como siempre, vigilando las pantallas de radar y pendientes de la radio por donde les llegaban las comunicaciones procedentes de la Tierra.

¡La vieja Tierra!

Se habían acostumbrado a verla «desde fuera», comprendiendo mejor que nunca la pequeñez de los seres humanos, al contemplar, cuando las nubes se lo permitían, el dibujo geográfico de los continentes, donde las grandes ciudades de las que los hombres se sentían tan orgullosos ni siquiera eran visibles.

—Desde aquí —solía decir Wilson—, se da uno cuenta de lo absurdo del orgullo humano.

—No debes olvidar que gracias a ese orgullo estamos aquí. —Eso es distinto. Nunca desprecié la inteligencia humana; pero al ver las cosas como las ve un hombre cuando contempla un hormiguero, siento nuestra propia pequeñez y nuestra insignificancia.

—Es verdad. Sin embargo, a mí me ocurre algo diferente, y encuentro hermoso y emocionante que hayamos logrado llegar hasta aquí. ¿Te das cuenta de que no ha de tardar mucho en llegar el momento en que el hombre viaje hacia otros planetas?

—¿Y qué llevará a ellos? ¿Su odio, su maldad, su ambición desmedida?

—También hay bondad, sinceridad...

—Muy poca, Donald. La criatura humana es muy joven aún.

Unos miles de años y ya nos consideramos adultos… ¿Por haber descubierto la utilización del átomo, por haber logrado lanzar unos satélites artificiales o, incluso, por haber llegado a la Luna? O quizá, dentro de poco, por llegar hasta Plutón… Todo eso no es más que, comparativamente, los garabatos que hace un niño sobre su primer cuaderno de colegio… ¿Hay madurez en él porque maneja torpemente la pluma? Tendrán que pasar siglos o quizá milenios hasta que el hombre se encuentre a sí mismo, hasta que la especie humana pueda llegar a la edad adulta. Entonces, solamente entonces, amigo mío, seremos dignos de la grandiosidad de lo creado. Sólo en ese momento podremos hollar los planetas de nuestro Sistema y hasta escapar de él hacia las lejanas estrellas.

—¿Sabes que hablas como un libro?

Wilson sonrió.

—Son cosas en las que he pensado mucho.

—Yo no pienso tanto; me gusta vivir en contacto con la realidad.

—Tiene sus peligros, porque la realidad no es tal, en la mayor parte de las veces. El sonido del zumbador de la radio cortó la conversación, y Donald se precipitó hacia el aparato.

—Base llamando a *Space.*

Era la voz del comandante Marshall.

—*Space* contesta a base.

—¿Qué hay, Donald?

Estaba acostumbrado a comunicar con Olsen, ya que Wilson no cogía jamás el aparato.

—Todo en orden, mi comandante.

—Está bien.

—¿Cuándo llegan nuestros amigos?

—Muy pronto. Todo está preparado. ¿No ha habido ninguna novedad?

—Ninguna. Hemos controlado, como nos ordenó, la potencia de la caída de los rayos cósmicos, sin que hayamos visto que sean desfavorables para los animales, cobayas.

Llevaban, en un compartimiento anejo al satélite, unas minúsculas jaulas con pequeños roedores, que estaban expuestos a la caída de los rayos cósmicos y a las radiaciones solares que, a aquella altura, no frenaba capa atmosférica alguna.

—Perfectamente. ¿Y los insectos?

Donald sonrió.

—¿Se refiere usted a los pulgones y saltamontes?

—Sí, ¿hay alguna novedad?

—La hay. ¿Sabe que han nacido pulgones muy raros, con once pares de patas, y saltamontes con dos cabezas?

—Lo esperábamos.

—Pues no lo entiendo.

—No te preocupes, muchacho. Son cosas de los hombres de ciencia. Bueno, voy a cortar la comunicación. Dentro de unos minutos, estaréis fuera del alcance directo de nuestras ondas. —¡A sus órdenes, señor!

—¡Hasta dentro de dos horas, muchachos!

Desconectó Olsen el tubo que unía el altavoz a su propio aparato personal, acercándose a su compañero.

—¿Hay alguna novedad? —inquirió éste.

—Nada. Que pronto van a venir a relevarnos. ¡Con las ganas que tengo!

—Yo también. Estoy preocupado por Mary.

Olsen se estremeció. Y tardó unos segundos en preguntar, procurando dar a su voz el tono más normal posible:

—¿Preocupado? ¿Por qué?

—Hubiese deseado hablar con el comandante. Querría saber si Fleet ha cumplido su palabra y se ha casado con mi hermana.

—¡Seguro que lo ha hecho! —repuso Donald experimentando una desagradable sensación angustiosa.

—Tengo muchas ganas de verla. ¡Es tan débil, tan frágil! El médico me dijo, la última vez que le vi, que podía vivir mucho tiempo, pero que si tenía algún serio disgusto su vida estaría en peligro.

—¿Y por qué va a tener disgustos?

—Ya conoces a Rudolph; no es mal muchacho, pero tiene un carácter muy raro y, a veces, demasiado brusco…

—No te preocupes por eso. Muy pronto estaremos junto a Mary y, si Fleet no se ha portado correctamente, prometo ayudarte para darle una soberana paliza y calmarle los nervios.

Wilson sonrió.

—Gracias, Donald.

John se echó para descansar un rato, quedando de guardia Olsen,

que se maldijo mil veces por su falta de valor para confesar a Wilson la verdad de lo que había ocurrido. Pero, en realidad, le faltaba fuerza para hundir la moral de aquel muchacho. Y, recordando la promesa que había hecho a Wilson, se dijo que se encargaría personalmente, a su regreso a la Tierra, de propinar al canalla de Rudolph una buena paliza por haber disgustado —y quizá matado— a la encantadora Mary Wilson, cuya imagen apareció ante él con una insistencia dolorosa, recordándole que jamás había osado confesar abiertamente su amor a aquella muchacha.

Pasó el tiempo y Donald se ocupó, además, de vigilar las pantallas de radar, en controlar todos los aparatos, echando algunas ojeadas curiosas a los departamentos de los insectos, para ver a aquellos curiosos y deformes individuos que habían nacido hacía poco.

Fue entonces cuando sonó la llamada de alarma del receptor.

Presa de una inquietud desesperada, Donald echó una ojeada al reloj de a bordo, dándose cuenta de que faltaban casi sesenta minutos para que la base pudiera establecer contacto con ellos.

Intrigado, enchufó el cable conector de su aparato con el de la emisora del satélite.

—*Space* a la escucha...

—¡Aquí, base! ¿Me oye?

La voz sonaba débil, como lejana y mezclada con el raído de parásitos.

—Oigo bastante bien, señor.

—¡Te estoy llamando utilizando una conexión con Londres! ¿Eres Donald?

—Sí, mi comandante. ¿Qué ocurre?

—¡Los rusos acaban de lanzar un satélite tripulado!

—¿Eh?

—Sí. ¡Tenéis que abrir bien los ojos! Por desgracia, la guarnición prometida no podrá reunirse con vosotros hasta dentro de dos días. Sacad el armamento de la

ˆ .alija 33 y montadlo en sus emplazamientos... ¡Abrid bien los ojos, muchachos! ¡Por amor de Dios!

—¿Cree usted que hay peligro?

—¡Estoy más que seguro! Resistid todo lo que podáis, y no os dejéis cazar. Haremos lo imposible por enviaros los refuerzos cuanto

antes. Hay una recomendación personal del presidente rogándoos que defendáis la base contra toda posible agresión.

—¡Lo haremos, señor!

—Comunicadme todas las novedades. ¡El país y todo el mundo libre están pendientes de vosotros!

—Procuraremos ser dignos de la misión de confianza que se nos encomienda.

—¡Mucha suerte, muchachos! ¡Y duro con ellos... si se atreven a hacer algo!

La voz intentó decir algo más, pero el zumbido de los molestos parásitos la ahogó momentos más tarde.

Donald desconectó su «tubo».

Estaba anonadado.

Permaneció inmóvil unos instantes, intentando medir la real gravedad de la situación, pero no fue capaz sino de embrollarse aún más. Por eso decidió dejar de martirizarse el cerebro.

—¡Despierta, Wilson!

El joven se enderezó sonriendo.

—¿Ya ha acabado tu guardia? Tengo más sueño que cuando me eché.

—Lo que se han acabado son los reposos. Acaban de comunicarme que los rusos han lanzado un satélite tripulado.

Wilson se puso en pie.

—¿Es posible?

—No perdamos el tiempo con charlas inútiles. Te iré explicando mientras montamos las armas.

La valija 33, perfectamente empotrada en las paredes del *Space,* contenía tres ametralladoras especialmente concebidas para los espacios siderales.

Montaron las armas sobre sus emplazamientos idóneos, haciendo el vacío en el interior del satélite para poder sacar los largos cañones al exterior.

Entretanto, Donald fue explicando a su compañero la emocionante conversación que había sostenido con el comandante Marshall.

—Estaba seguro de que seríamos atacados.

—Nos defenderemos.

—Eso ya lo sé.

Se pusieron de acuerdo para hacer guardias cortísimas, vigilando la pantalla de radar, que era el único medio posible de descubrir la presencia de un presunto enemigo.

Nada sucedió durante la primera hora.

Después, estando de guardia Wilson, descubrió un «impacto» en la pantalla, que surgió, como un relámpago, desapareciendo instantáneamente.

Despertó a su compañero.

—¡Ya han llegado, Donald! Han pasado a cien kilómetros delante de nosotros.

Se precipitaron a consultar las tablas de cálculo, estudiándolas en silencio, hasta que obtuvieron el resultado apetecido.

—¿Cuál es su órbita?

—Esta. Justamente es perpendicular a la nuestra.

—¿Velocidad?

—Nueve kilómetros por segundo.

—Un poco superior a la del *Space.* ¿Tiempo de rotación alrededor de la Tierra?

—Dos horas y cuarenta minutos, aproximadamente.

—Perfectamente. Con estos datos conoceremos, con bastante exactitud, el momento en que nos cruzaremos con ellos.

—¿Vamos a disparar?

—No, hasta que ellos hagan muestras de animosidad Todavía no conocemos sus intenciones. Además, ¿qué clase de locura es ésta? Es posible que su presencia aquí no tenga nada de belicoso. ¿Te das cuenta de que, si hiciésemos el menor gesto ofensivo, podríamos desencadenar una guerra mundial?

—Entonces, ¿por qué nos han ordenado montar las armas?

—Son cosas de los políticos, amigo mío. Nunca he entendido ni una sola palabra de lo que significa esta interminable «guerra fría»; pero sigo convencido de que los rusos no se atreverán jamás a destruir una base espacial americana... a menos que se hayan vuelto completamente locos.

Las dos horas siguientes estuvieron llenas de emoción.

Veinte minutos antes de la «segunda coincidencia», se comunicaron con la base. Raymond les dio nuevos datos que vinieron a corroborar los que ellos habían obtenido.

—Mucho cuidado, muchachos.

La espera se hizo tremendamente ansiosa.

—No lo entiendo —dijo Donald—. Durante años, nuestros satélites y los de los rusos han «convivido» en el espacio exterior sin que nadie demostrase una animosidad por una u otra parte. ¡Hasta construimos una base juntos! ¿Qué demonio ha pasado desde entonces?

Wilson lanzó un suspiro.

—Yo nunca me fié de las pretensiones «científicas» de los soviéticos. El espacio, cualquiera lo sabe, es el campo de batalla para el futuro. ¿Acaso no ha habido satélites portadores de cabezas nucleares?

—Sí, pero se llegó a un acuerdo internacional, prohibiendo la existencia de esas armas mortíferas gravitando sobre nuestro pobre planeta.

—Sigo sin fiarme de esa gente… Finalmente, el momento de la «coincidencia espacial» llegó. Wilson se puso ante el radar y Donald ocupó su puesto junto al control electrónico de las armas

Los segundos transcurrían, lentos como siglos.

Por último, John descubrió la primera vacilación en la pantalla. Un pequeño *spot* que brincó sobre el verde del fondo.

—¡Ahí están! —gritó a su compañero.

La estela luminosa pasó como un rayo, escapando a la visión de Wilson.

—Ya se han ido.

Pero, casi al mismo tiempo, percibió dos nuevos *spots* que brillaban en la pantalla.

—¡Veo dos objetos brillantes!

—¡Dame la situación, rápido!

—235 y 274…

El colimado electrónico de las armas se movió rápidamente. Al mismo tiempo, el goniómetro funcionaba también.

Partieron los proyectiles, con un sonido ronco en el interior, ya que fuera no podía existir sonido alguno. Allá abajo, dos llamaradas anunciaron la buena puntería de Donald.

Momentos más tarde, pasaban junto a una miríada de trozos metálicos que, atraídos por el satélite, empezaron a viajar con él, como un cortejo curioso y estremecedor a la vez.

—¡Han soltado proyectiles en nuestra órbita! —exclamó Donald

—. Si no llegamos a destruirlos, se hubieran precipitado inexorablemente contra la estación, atraídos por la gravedad que ésta crea.

—¡Los muy cerdos! —gruñó Wilson.

El rostro de Donald se ensombreció.

—Nunca hubiera creído que se atreviesen a hacer esto. Y lo que más me extraña, es que nuestro gobierno debía sospechar lo que los rusos intentan hacer.

—Pero, ¿qué es lo que quieren?

—Lo ignoro. Aunque, pensándolo bien, no veo más que una respuesta a la pregunta que acabas de formularme.

—¿Cuál?

—Sencillamente, creen que ha llegado el momento de hacerse los dueños absolutos del espacio. Hasta ahora, no debían poseer los medios suficientes para conseguir su propósito. Ahora todo está muy claro. ¡No quieren permitir que ningún satélite que no sea de los suyos… suba al espacio!

—Pero… eso es imposible.

—No te hagas ilusiones, John. Los «Ruskis» han debido descubrir algún procedimiento poderoso para amenazar, desde fuera, a todas las naciones de la Tierra. Nuestra presencia aquí les molesta demasiado… ¡por eso intentan destruirnos!

—Pero eso es como declarar la guerra al mundo libre.

—Sí… y no. Yo pienso que nuestro gobierno preferirá solucionar el problema «aquí arriba», sin que el planeta vuelva a cubrirse de sangre. Es un mal menor. Además, ni siquiera la gente de abajo se percate de lo que ha ocurrido en el espacio. Es como una de aquellas guerras del siglo XX, una pequeña guerra localizada en cualquier punto del Oeste Asiático o en el Medio Oriente, donde se solucionaban los problemas internacionales, sin necesidad de declarar la tan temida Tercera Guerra Mundial.

Wilson suspiró tristemente.

—¿Y qué vamos a hacer?

Donald le miró, mordiéndose los labios.

—¿Que qué vamos a hacer? ¿Y me lo preguntas? ¡Zumbarles en cuanto aparezcan! Les contestaremos con las armas que tenemos…

—Dios quiera que no caigamos en una trampa.

CAPÍTULO VI

El centinela se hizo a un lado, dejando pasar al hombre que, vestido de paisano, había exhibido un pase firmado personalmente por el secretario de Estado.

El hombre penetró como una tromba en el despacho del comandante Marshall; éste, al oír la puerta, alzó la cabeza, sonriendo al recién llegado.

—¿Cómo? ¿Tú aquí, Wells?

El otro estrechó vivamente la mano que Raymond le tendía, y dijo sentándose en el sillón que el comandante le había señalado:

—¡Washington está que arde!

—Lo supongo. Yo también estoy en el mismo estado.

—Pero... ¿tienes noticias?

—Sí. La última vez que se cruzaron con los rusos, tuvieron que luchar contra media docena de proyectiles que los otros dejaron caer en su órbita.

—¿Se salvaron?

—Sí, pero no cantemos victoria tan aprisa: Es una lucha desigual para la que no estábamos preparados.

—¿Qué diablos hacen los otros satélites?

—Están dispuestos para el lanzamiento. Pero las condiciones meteorológicas no son, desdichadamente, tan buenas como esperábamos.

—¡Maldita sea!

—También los nuestros han disparado contra el enemigo. Donald asegura que les ha alcanzado.

—¡Formidable! ¡Ojalá los hagan añicos!

—Es bastante improbable. ¿Qué pueden nuestras balas aunque se trate de proyectiles especiales? Si hubiésemos sabido que tendríamos que luchar en el espacio, hubiéramos preparado nuestras armas para ello.

—¡Siempre tiene que ocurrimos igual!

—Es que' seguimos obrando de buena fe, a pesar de lo que nos ha enseñado la experiencia.

—¿Te das cuenta de lo que puede ocurrir si se adueñan del

espacio exterior?

—Naturalmente.

—¡Hay que evitarlo!

—Haremos lo imposible para que no se salgan con la suya. Por el momento, tenemos preparados cinco proyectiles con sus correspondientes satélites. Sólo esperamos que el tiempo se ponga de nuestra parte para llevar a cabo el lanzamiento… ¡y darles una buena lección!

—¿Van armados esos hombres?

—Naturalmente.

—¿Armas especiales?

—Sí, pero nada de ametralladoras, sino proyectiles teledirigidos con puntas nucleares. ¿No quieren la guerra? ¡Pues la tendrán con todas las consecuencias!

Hubo up corto silencio.

—¿Y no provocará esa acción una guerra en la Tierra?

Marshall movió negativamente la cabeza.

—No lo creo. Nadie está interesado en una guerra aquí abajo. Y ellos se han dado cuenta de la magnífica ocasión que se les presentaba para hacernos la guerra sin necesidad de encender un conflicto en el planeta. Nos han cogido fuera, seguros de que no seremos tan locos como para empezar a lanzar bombas sobre su territorio.

—¡Se lo merecerían de todos modos!

—Pero no ganaríamos nada. Allá arriba, sin testigos, como en un moderno campo de honor podemos arreglar nuestras diferencias por la tremenda.

Hizo una pausa.

—Date cuenta de que, ni ellos ni nosotros, hemos dicho una sola palabra de lo que está ocurriendo a tres mil kilómetros encima de nuestras cabezas. La gente ignora que estamos peleando por algo de la mayor importancia. Es cómo si nos hubiésemos puesto de acuerdo para pegarnos, sin testigos de ninguna clase.

—¡Es horrible!

Y después de una pausa:

—¿Cuándo te comunicarás nuevamente con el *Space*?

Raymond lanzó una mirada a su cronógrafo.

—Dentro de diez minutos. Nuestros equipos de radar están

siguiendo las trayectorias de los dos satélites y sabemos, perfecta y detalladamente, el instante en que se cruzan, cosa que ocurre cada dos horas aproximadamente.

—Debe de ser algo horrible esa espera...

—Imagínatelo. Nuestros muchachos saben que están insuficientemente armados para la pelea, y que no pueden evitarla ni eludirla, ya que cada dos horas han de chocar inevitablemente con el enemigo.

—Es como sí estuviesen celebrando unos fantásticos *rounds* de unos segundos de duración, pero mucho más terribles que todo lo que se puede concebir.

Uno de los teléfonos repiqueteó en aquel instante.

—¿Diga? —inquirió Raymond.

Escuchó atentamente, y su rostro fue cambiando de color hasta adquirir un tono ceniciento; después, habiendo terminado de escuchar, asintió con la cabeza. —Muchas gracias —dijo, colgando con un gesto de infinito cansancio.

—¿Qué ha pasado?

—Los rusos han lanzado otro nuevo satélite.

* * *

—Ya deben estar cerca, Wilson.

John asintió con la cabeza, la mirada fija en la pantalla de radar.

—Puedes prepararte ya, Donald.

Olsen acarició fuertemente los mandos sincronizados de las armas del satélite. Lanzó una mirada al cargador automático, a través de una banda de plástico que dejaba ver las fundas doradas de los proyectiles.

—Estoy seguro de «haberles pegado» antes, John.

—Yo también. Seguí tu impacto en el radar.

—Lo malo es no poder ver la clase de daño que se les causa... ¡Lástima de no haberles dado en plena carga de esos malditos proyectiles!

—Ahora lo lograrás.

—Lo dudo.

Y lanzó una mirada al cronómetro.

—Bueno, habrá que prepararse.

Sus músculos se contrajeron y el brillo de sus ojos se convirtió en una luz feroz y decidida. Sabía que, además de disparar contra el adversario, tendría que prepararse para hacerlo contra los proyectiles que éste dejaría en la órbita.

Y todo aquello a la velocidad del rayo.

A pesar de todo, estaba completamente tranquilo, sin temor alguno a lo que pudiese ocurrirles en el peor de los casos.

—¡Atención! —exclamó Wilson en aquel preciso instante.

Luego, casi inmediatamente, gritó:

—326... 327... 328... ¡Fuego!

Donald oprimió el botón con toda la intensidad posible. El ruido llegaba hasta él, amortiguado, ya que en el exterior no podía propagarse sonido alguno.

—¡Les has dado otra vez, Donald! ¡Bravo!

Y antes dé que su amigo pudiera contestarle, volvió a gritar:

—¡Tres proyectiles! ¡Atención!

Los ojos de Olsen estaban fijos en los aparatos de control, colimadores y telémetros.

—621... ¡Fuego!

Los proyectiles salieron hacia el blanco.

—¡Le has pegado! 645... ¡ahí tienes a otro que llega!

Otra serie de frenéticos disparos.

—¡Bravo, Donald! ¡Otro proyectil eliminado!

—¿Y el otro? —inquirió ansiosamente Olsen.

—741... ¡espera!... 856... eso es... 856... ¡fuego!

Rugió el lanzador, pero esta vez no hubo ninguna exclamación de su compañero.

—¿Qué pasa, John?

Una sacudida formidable lo lanzó al suelo, antes de que pudiese oír la respuesta de su amigo.

Durante unos segundos, la confusión reinó en el interior del satélite, que se inclinó peligrosamente sobre el plano de su elíptica. De todas formas, ninguna clase de sonido llegó hasta ellos, siendo como una agresión silenciosa, pero no por eso menos terrible.

Olsen fue el primero en ponerse en pie.

Un orificio de tamaño considerable había abierto una brecha en

el techo del satélite. Y, a través de aquella hendidura, era posible ver que casi un sector de noventa grados de la estación había desaparecido.

—¡Los muy cerdos! Se inclinó, ayudando a Wilson a incorporarse de entre los trozos del aparato de radar que le habían caído encima.

—¿Han causado muchos daños? —inquirió John.

—Nos han hecho «cisco»; eso es todo.

Wilson contempló el tremendo desgarre y la desaparición de aquel gran trozo de «rueda». Debido a aquello, el satélite se había inclinado de forma tan intensa.

—¿Qué vamos a hacer?

Donald se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que hagamos? Lo mejor es abandonar todo esto.

—¿Crees?

—¡Naturalmente! La próxima vez que nos encontremos con esos «señores», estaremos atados de pies y manos, sin radar y seremos la presa más fácil que hayan encontrado en su puerca vida.

—Hemos tenido mala suerte.

—Yo creo lo contrario. Con las armas que temamos, bastante hemos hecho.

Wilson se había inclinado para examinar la emisora, viendo que estaba en el mismo estado que el aparato de radar.

—Han destrozado la radio.

—De poco nos iba a servir. Hubiera preferido que no hubiesen tocado el radar.

—¡Qué le vamos a hacer!

Guardaron silencio, e iba Wilson a decir algo, cuando la parte superior del satélite empezó a desprenderse, al tiempo que una serie de llamaradas estallaban por todas partes.

—¡Al suelo! —rugió Olsen.

Aquella terrible granizada cesó casi inmediatamente. Donald, seguro de que lo que pensaba era cierto, se asomó al orificio que la explosión había causado, acertando a ver el satélite que se alejaba rápidamente de ellos.

Se dejó caer nuevamente en el interior.

—Es otro satélite, John.

—¿Otro?

—Sí, sigue aproximadamente nuestra misma órbita… y ya verás

lo que pasa cuando nos alcance de nuevo. Lo que sé es que se mueve mucho más aprisa que nosotros.

Y después de una pausa, comentó:

—Esto se está poniendo verdaderamente feo. Habrá que largarse cuanto antes de aquí.

—¿Y cómo vamos a hacerlo?

—Pues saliendo y alejándonos de este trasto inútil. Utilizaremos los «monorreactores» y nos llevaremos uno de los cinturones de seguridad, cargado con ampollas de alimento.

—¿Y después?

—¿Después? ¡A esperar tocan! Si nuestros amigos llegan por estas latitudes, nos recogerán; si no llegan...

Sonrió, dando una palmada amistosa en el hombro de su amigo.

—¡Animo, amigo mío!

—Me fastidia abandonar todo esto.

—¿Y crees que a mí no?

—Es que prometimos defenderlo con la vida.

—¿Estás loco? Prometimos defender la estación, no un montón de planchas retorcidas. Estoy seguro de que Marshall nos daría la razón, obligándonos incluso a abandonar el *Space*.

Se proveyeron de cinturones en los que iban botellines con alimentos sintéticos para una semana.

—Hemos de ir unidos con un cable largo —dijo Donald—, así no nos verán con tanta facilidad.

—¿Los crees capaces de disparar contra dos hombres que flotan en el espacio?

—¡Son capaces de todo! Una vez se hubieron preparado, cargado los depósitos de oxígeno y cogiendo el mayor número posible de ellos, se ligaron a un cable de medio centenar de metros de longitud, saliendo del *Space*.

Wilson le lanzó una última mirada, verdaderamente emocionado.

Impulsados por los «monorreactores», se alejaron hacia atrás poniendo la mayor distancia posible entre el satélite y ellos. Pronto, el *Space* no fue más que un punto brillante, lejos de ellos.

—Ya podemos parar —dijo Olsen que se servía del transmisor personal—. Hay que ahorrar combustible del reactor.

Se detuvieron.

El espectáculo, desde allá arriba, era verdaderamente

emocionante.

La Tierra parecía flotar a sus pies, envuelta en un tono azulado, con grandes masas de nubes que flotaban, envolviéndola casi por completo.

—¿Tardarán mucho los nuestros?

—No mucho, John. Deben estar furiosos y preparados para dar una lección a los «Ruskis».

—¡Lástima que no hayamos sido nosotros los que se la diésemos.

—No podíamos hacer más de lo que hemos hecho.

Hubo un silencio.

—¿Cómo es posible que el Pentágono no nos preparase mejor para la lucha?

—Porque no estaban seguros de que los rusos se iban a lanzar a esta extraña guerra. Contaban, seguramente, con lanzar a los nuestros antes de que los soviéticos pudieran poner en marcha su plan de ataque.

—Pues se han equivocado.

—No importa. La guerra es eso. ¿Has olvidado lo que pasó durante la Segunda Guerra Mundial? Estábamos en un estado de inferioridad verdaderamente ridículo; pero después, cuando nos dimos cuenta del verdadero peligro que corríamos, demostramos lo que éramos capaces de hacer.

—Eso no lo hemos vivido ni tú ni yo.

—Es cierto, pero mi padre no dejaba de contarme lo que mi abuelo hizo en el Pacífico. Tanto me gustó aquella guerra, que no he dejado de leer libros sobre ella.

—Es verdad lo que dices; pero, desde aquellos lejanos tiempos, Rusia no ha cesado de buscarnos las cosquillas. Por su culpa, diez veces hemos estado a punto de que estallase una Tercera Guerra Mundial.

Donald lanzó un suspiro.

—Esta es la tercera, chico… y, como dice el refrán… ¡a la tercera… va la vencida!

—Es cierto…

Iba a agregar algo, cuando advirtieron que un punto brillante acababa de aparecer tras ellos, avanzando a una velocidad formidable. Momentos más tarde pasaba a un par de millas de donde se encontraban, y, antes de que comprendieran lo que pasaba,

una llamarada surgió ante ellos; una alucinante llamarada sin que ninguna clase de sonido llegase hasta donde se encontraban.

—¡Han hecho saltar el *Space*!

—¡Adiós, amigo satélite! ¡Te has portado como un valiente, pero no has podido resistir más!

Wilson estaba sinceramente emocionado.

—Me da mucha pena.

Wilson echó una ojeada hacia atrás.

—¡Otro satélite! —gritó.

—¿Otro?

—Sí, sigue el mismo camino que el que acaba de pasar.

—¡Han debido lanzar un buen montón de ellos!

—También es posible que sea de los nuestros. Los ojos de John brillaron intensamente.

—¿Tú crees?

—Es posible.

—¿Por qué no nos acercamos a él para que nos vea?

—No es muy prudente.

—Yo voy a hacerlo; tú puedes mantenerte alejado.

—¿Vas a soltarte del cable?

—Sí, pero no pases cuidado.

Wilson desató el cierre que le sujetaba al cable, el cual quedó flotando horizontalmente en la misma posición; luego, poniendo en marcha su «monorreactor», avanzó hacia la zona por la que iba a pasar el nuevo satélite.

Donald seguía a su amigo con una atención creciente.

—¡Ten cuidado! —le dijo.

—Todo irá bien. Ya verás que es de los nuestros.

—¡Dios te oiga!

Wilson no era ya más que un minúsculo punto a cerca de una milla de su compañero.

Volviéndose hacia atrás, Donald observó el satélite que ya era casi perfectamente visible.

Justamente en aquel momento, la luz solar que surgía al otro lado de la Tierra dio de lleno al satélite, iluminándolo intensamente.

Donald se estremeció de pies a cabeza.

¡Acababa de ver la estrella roja de cinco puntas en la superficie brillante del satélite!

—¡Cuidado, John! ¡Es de ellos!

Wilson, en realidad, no se había mostrado imprudente al acercarse a la trayectoria del satélite, ya que en el espacio, sin movimiento de aire, no existía peligro alguno de que el joven astronauta fuera arrastrado por la cosmonave, como hubiese ocurrido en la atmósfera terrestre.

Pero, de todos modos, no debería haberse movido de su lado, ya que ambos se encontraban fuera del alcance del radar de proa y, por lo tanto, no podían ser vistos.

—¡Cuidado!

Era demasiado tarde.

Un abanico de chispas azuladas brotaron de uno de los costados del cohete. Casi inmediatamente, el cuerpo del desdichado John pareció estallar.

Mientras, el satélite ruso se alejaba, no siendo, en pocos segundos, más que un punto luminoso que se iba extinguiendo.

CAPÍTULO VII

—Pase, Fleet. Usted también, Lauer.

Los dos hombres penetraron en el despacho del comandante, taladrándose ante la mesa de despacho que éste ocupaba.

Raymond les miró intensamente, deteniéndose sobre todo en el rostro pálido de Rudolph.

—El *Space* ha sido destruido —dijo con voz sorda.

—¿Es posible? —inquirió Tom.

—Sí. Y lo más probable es que nuestros dos amigos, Wilson y Olsen, hayan muerto.

El rostro de Fleet se contrajo imperceptiblemente.

—Esa es la triste realidad —dijo el comandante después de un momento de respetuoso silencio—, aunque no he terminado aún. Les he llamado para comunicarles que salimos esta noche.

—¿Eh?

La exclamación brotó de los labios de Rudolph, sin que éste pudiera hacer nada por evitarlo.

—¿Le extraña tanto, Fleet?

—Verá usted, señor...

—Francamente, yo creí que iba a estar contento de poder vengar la muerte del hermano de la mujer que amaba... ¿no era usted el prometido de Mary Wilson?

—Sí.

—He oído demasiadas cosas sobre la muerte de esa muchacha... ¿Qué ocurrió en realidad?

—Nos disgustamos, señor. Yo no sabía que iba a ocurrirle tan tremenda desgracia.

—Eso creo yo también; pero, sin embargo, recibí una carta de la enfermera que cuidó a miss Wilson. En ella se dicen cosas bastante duras para usted...

—Es posible, señor. En aquel momento no sabía lo que me decía.

—No obstante —dijo el comandante—, a pesar de la carta y en contra de lo que en ella se dice, usted afirma que dejó que Wilson se embarcara para satisfacer un capricho de John: ¿es eso verdad?

—Sí, mi comandante.

—Es mejor que sea así.

Y, después de una corta pausa, añadió:

—Todo eso ya no tiene, desgraciadamente, mayor importancia. Lo que hay que hacer ahora es vengar a esos dos valientes. Ya les he dicho que salimos esta noche. Tripularemos el *States,* el satélite más grande de los once que serán lanzados al anochecer… ¡Vamos a dar una buena lección a nuestros enemigos!

* * *

El *Moskowa* atravesaba ya el espacio, núcleo futuro de las fuerzas soviéticas fuera de la Tierra.

En su interior, sometidos aún a la formidable fuerza de aceleración que le procuraban sus cohetes superpuestos, los hombres que habían forjado aquella ofensiva y que se consideraban fuera del peligro de abandonar la Tierra, fueron embarcados rumbo a la más feroz y despiadada dé las guerras que la humanidad había imaginado.

Instrucciones concretas y severas habían sacado al comisario Ilionov de su cómodo despacho de Moscú, y al general Tonovitch de su oficina de la base de Astronáutica de los Urales.

Cuando, poco después, el *Moskowa* se encontró en su órbita y sus tripulantes, cinco en total, se desprendieron de sus cinturones de amarre, comisario y general se miraron fijamente, como si deseasen manifestar su gozo por el mal que al otro le había ocurrido.

Pero no era momento para disputas, y Tonovitch, que había recibido el mando de la ofensiva de satélites, se precipitó a la sala de radio, donde un hombre estaba encarado a los complejos aparatos de transmisión.

—¿Han llegado los otros?

—Todavía no, camarada general.

—Comuníqueme su llegada en cuanto acontezca.

—Perfectamente.

Abandonó el general el departamento de comunicaciones, entrando nuevamente en la sala central del satélite.

—¿Has entrado en comunicación con el *Ucrania*? —le preguntó

el comisario.

—Lo están intentando.

—¿Está muy lejos de nosotros?

—No lo sabemos aún. En cuanto hayamos hecho los cálculos pertinentes, lo localizaremos y entraremos en comunicación con él.

—¡Se han portado magníficamente esos dos muchachos! Aplastaron al satélite americano.

—Pero no hay que hacerse demasiadas ilusiones. Los americanos no tardarán en replicar a nuestro ataque.

—¡Estamos preparados!

—Eso espero.

—¿Cuál va a ser nuestra táctica?

—La de mantenernos unidos. Los satélites que están siendo lanzados en este momento y que llegarán muy pronto a nuestra órbita, llevan unas piezas adicionales que formarán un puente de unión con el *Moskowa.*

—¿Vamos a unirnos todos?

—Eso es. Formaremos una especie de estrella o si quieres mejor un erizo. Así seremos más difícil presa para los ataques y, al mismo tiempo, una máquina destructora para quien se nos acerque.

—Entonces, ¿quieres decir que nosotros no atacaremos?

—¿Quién ha dicho eso? El *Moskowa* está dotado de unos propulsores atómicos que le permitirán moverse a su antojo, pasando de una órbita a otra así como nos convenga.

—Me parece estupendo.

Una lucecita roja hizo que el general, seguido por Ilionov, pasara a la cámara de transmisiones.

—¿Qué hay?

—Los cinco han llegado ya a las correspondientes órbitas, camaradas.

—Perfecto. Que te den su posición para ir recogiéndolos lo antes posible.

—¿Y el *Ucrania*?

—Todavía no he logrado entrar en contacto con él, camarada comisario.

—No abandones esa tarea. Los muchachos pueden tener necesidad de nosotros.

—Así lo haré.

Una hora más tarde, el coloso *Moskowa* había «atrapado» tres de los cinco satélites lanzados poco antes desde la URSS. Unos puentes metálicos unían las pequeñas esferas al *Moskowa,* formando ya la iniciación de una figura estrellada.

Todos los satélites fueron dotados de piezas que lanzaban proyectiles teledirigidos, y el *Moskowa* poseía un verdadero arsenal de ellos.

La lucecita roja hizo correr al general.

—¿Algo nuevo?

—Parece que he localizado al *Ucrania,* camarada general.

—¿Está muy lejos?

—Bastante; pero lo alcanzaremos tras haber recogido a los que faltan.

—Perfectamente. ¿Hay noticias de la base?

—No; es decir, espere un momento... Me están llamando.

Escuchó atentamente; después, cuando la comunicación hubo cesado, miró al general con una cierta angustia pintada en el rostro.

—Los americanos están lanzando satélites.

Tonovitch sonrió.

—¡Eso era lo que estábamos esperando!

Salió velozmente, atravesando el salón central y dirigiéndose hacia el departamento de control del radar.

—¡Alarma general! Que todos los grupos de radar de los satélites batan el horizonte en los 360 grados sin descanso... Los americanos están en camino del espacio exterior.

Los radares empezaron a emitir sus trenes de ondas, explorando la negrura o la luz intensa que les rodeaba. Al mismo tiempo, los equipos para la aproximación de los satélites que faltaban por recoger trabajaban arduamente, logrando poco después un acoplamiento perfecto de todos los satélites.

—¿Y el Ucrania?

—Vamos ahora en su busca.

Momentos más tarde, la luz roja volvía a parpadear.

Esta vez, comisario y general corrieron al unísono hacia la sala de transmisiones. —¡Llama el *Ucrania,* camarada general!

—Dame el micrófono.

Y cuando lo tuvo en la mano, dijo:

—¡Aquí, el *Moskowa,* al mando del general Tonovitch! ¿Quién

está a la escucha?

—Dimitri Skolenko, del *Ucrania,* camarada general.

—¿Cómo va eso?

—Muy mal. Fuimos alcanzados por proyectiles americanos, antes de lograr un impacto directo sobre el *Space,* que fue rematado finalmente por otros dos de nuestros satélites.

—Eso ya lo sabemos. ¿Y Alexis Kunov?

—Ha muerto.

Hubo un corto silencio; luego, la voz de Dimitri volvió a dejarse oír:

—El *Ucrania* está muy averiado, camarada comisario...

—Soy el general.

—Perdón.

—Según me comunican, estáis aún muy lejos de nuestra órbita. De todos modos, haremos lo posible por llegar hasta vosotros; es decir, hasta ti.

—Gracias.

Tonovitch cortó la comunicación.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió Ilionov.

—Nada. No podemos perder el tiempo buscando los restos del *Ucrania.* Además, el enemigo puede utilizar ese satélite como cebo.

Un claxon resonó intensamente en la sala central, hacia la que se precipitaron los dos hombres.

El coronel Skilov, ayudante del general, estaba allí.

—¿Qué hay? —inquirió Tonovitch.

—¡El enemigo está a medio centenar de millas, por debajo de nosotros!

—¿Cuántos? —Seis satélites, camarada. Uno de ellos de un tamaño aproximado al nuestro.

Los dos jefes se miraron.

—¿Qué piensas hacer? —inquirió el comisario.

—¡Atacar!

—¿Crees que es prudente?

—¿Qué harías tú en mi lugar?

Ilionov sonrió.

—Creo que me mostraría más prudente y astuto.

—¿Cómo?

—Tú mismo me has dado antes la idea...

—No te entiendo.

—Utilizando el *Ucrania* como cebo.

—¿Qué quieres decir?

—Ordenas al *Ucrania* que no deje de transmitir una llamada clave. Los americanos, sin ningún género de duda, se lanzarán sobre él, tomándolo por uno de los que forman la flota espacial. Entonces, vigilando los movimientos del enemigo, podemos elegir el momento de caer impunemente sobre ellos. ¿Qué te parece?

—Una estupenda idea. Voy a dar órdenes a la sección de transmisiones.

—¡Seguro que caerán en la trampa!

Momentos más tarde, Dimitri Skolenko, con un brazo casi arrancado de cuajo —también había sido herido por los proyectiles del *Space*—, transmitía mansamente una señal de llamada en clave; repitiéndola sin cesar.

Detrás de él, el cadáver de su amigo seguía tendido en el suelo en el mismo sitio en el que había sido derribado por la esquirla del proyectil americano.

* * *

El comandante Marshall se inclinó sobre Tom que se había hecho cargo del sistema de intercomunicación del *States* con los demás satélites.

—¿Algo nuevo?

—Nada, señor. El despliegue ha sido realizado en orden y no hay ninguna novedad por el momento.

—¿Cómo estamos distribuidos?

—Tres de los nuestros navegan a 3.250 kilómetros.

—Perfectamente. No conviene que ellos se nos «suban» encima. ¿Y los otros?

—Dos van más «abajo», señor. El resto está distribuido, en nuestra órbita, navegando a unos 800 kilómetros, a ambos lados del *States*.

Todo estaba en marcha.

El dispositivo estadounidense constituía un despliegue perfecto,

en el que el *States* era como el cerebro de la flota, en comunicación con los demás satélites y con el lejano Washington, donde los hombres del Pentágono seguían ansiosamente la marcha de las operaciones.

Tres horas más tarde, el *I-8* comunicó la posición de un satélite enemigo.

Raymond se precipitó al aparato.

—¿Diga? Aquí el comandante del *States.*

—Hemos detectado un satélite enemigo, mi comandante. Punto 237, señor, con una órbita de 2.896 kilómetros. Está emitiendo una señal monocorde en clave. Seguramente una llamada.

—¿A qué distancia está usted de él en este momento?

—A unos mil doscientos kilómetros, señor. Dos órbitas más arriba. El *I-5* está mucho más cerca de él que ninguno de nosotros.

—Está bien. Siga a la escucha.

Y, apretando el conector general, ordenó:

—¡Atención! ¡Atención! ¡Llamada general! ¡Zafarrancho de combate para todas las unidades a mis órdenes! Pidan situación al *I-8* y aproxímense al enemigo, dispuestos para el lanzamiento de cohetes teledirigidos.

—Creo que esta vez los tenemos —dijo apartándose del emisor.

El *States* había utilizado sus potentes reactores, cambiando de posición y tomando una órbita aproximada a la que le había sido señalada por el *I-8*.

Todas las unidades dependientes del *States* maniobraron de manera semejante, adaptándose a las nuevas condiciones y avanzando en el mismo sentido y hacia el objetivo señalado por el *I-8*.

La emoción iba en aumento.

No tardó el radar del *States* en percibir la presencia de un objeto contra el que chocaban sus trenes de ondas.

—¿Situación?

—En nuestra órbita, señor.

—Perfecto. ¿Distancia?

—2.000 kilómetros.

—Ordene que se concentren las redes del radar sobre ese objeto. Por el tamaño, debe tratarse de un satélite de reducida dimensión; algo así como nuestro *Space.* Que no se haga fuego hasta que yo lo

ordene.

—Está bien, mi comandante.

Casi inmediatamente, tan grande era la velocidad de los americanos, las siluetas fueron precisándose en las pantallas de radar.

—¿Velocidad del enemigo?

—18.000 kilómetros a la hora.

—Aparejen la nuestra a la suya.

Los reactores de proa frenaron la aceleración fantástica del *States*.

Raymond se acercó entonces a uno de los ojos de buey del satélite, pudiendo ver, con .completa claridad, la silueta del satélite enemigo.

Se percató entonces de que el vehículo espacial estaba seriamente averiado, llegando a la conclusión de que se trataba del que había atacado al *Space*.

—¿Sigue emitiendo?

—Sí, señor.

—¡Rudolph! —llamó.

El piloto se acercó a él.

—¿Me llamaba usted, señor?

—Sí. Vas a salir hacia ese satélite y ver quién es el loco que sigue emitiendo. Vamos a acercarnos lo más posible a él. No tendrás más que lanzar un par de chorros del «monorreactor», echar una ojeada y regresar.

Se alejaba ya, cuando el comandante le llamó.

—¡Fleet!

—¿Señor?

—Quería decirte que ese satélite es el que destruyó al *Space*. No sé quién estará dentro, pero, sea quien sea, es uno de los asesinos del hombre que iba a convertirse en tu hermano. De todas formas, nos interesaría coger un prisionero.

—Entendido, señor.

Fleet se dirigió hacia la compuerta de salida, tras apoderarse de la pistola de rayos láser.

Tenía mucho miedo.

Al hallarse en el exterior, comprendió la tragedia que debía haber caído sobre Wilson y Olsen, alegrándose de haber sido lo

suficientemente listo para engañar a aquel jovenzuelo estúpido… tan estúpido como su hermana.

Había tenido mucha suerte.

El propulsor lo llevó suavemente hacia el satélite ruso. A medida que se acercaba, el miedo le mordía más profundamente, ya que el enemigo podía estar esperando la ocasión de matarle en cuanto se acercase un poco más.

Pero cuando se halló junto al aparato y penetró por la brecha abierta por los proyectiles del *Space,* se encontró mucho más tranquilo.

Empuñó la pistola.

Lo primero que vio al entrar fue el cadáver de un hombre, tendido en medio de la cabina del satélite; luego, al levantar los ojos, apercibió al otro hombre, apoyado en el aparato transmisor, con un girón que había sustituido a su brazo, del que pendían trozos de tela que la sangre había ennegrecido.

CAPÍTULO VIII

Rudolph levantó lentamente la pistola, cuando el otro volvió el rostro hacia él; pero la mirada de aquel hombre tenía tal intenso sentido de desprecio de la vida, que el americano no se atrevió a apretar el gatillo.

Se miraron largamente, en un silencio trágico, preñado de amenazas. Detrás de la escafandra transparente, el americano podía ver la intensa palidez, casi cadavérica, de aquel hombre que debía haber sufrido la más horrible de las agonías.

—¿Qué quieres?

La voz del ruso, que se expresaba en un inglés correcto, le sorprendió, haciendo que volviera a alzar el brazo armado.

—Puedes disparar cuando quieras. Después de todo, ya no tengo otra salida.

—¿Fuisteis vosotros los que destrozasteis el *Space*?—inquirió el americano, señalando el cadáver del ruso.

—Sí, pero ellos nos pegaron bien fuerte. Además, uno de ellos se ha salvado.

Fleet se estremeció.

—¿Que uno se ha salvado? ¿Dónde está?

—Flotando en el espacio.

—¿Quién es?

El otro le miró con asombro.

—¿Cómo quieres que lo sepa? No conocía a ninguno de los dos.

—Es verdad.

Se sintió desfallecer al pensar que bien pudiera ser Wilson quien hubiese escapado a la muerte, que todo lo habría solucionado.

¡Y justamente ahora, cuando todo el mundo creía en él, habiendo olvidado incluso su papel en la muerte de Mary!

Una sorda rabia se apoderó de él. Y, sin pensarlo más, disparó sobre su indefenso enemigo, como si desease matar en el cuerpo del ruso al de Wilson, si lo hubiera hallado ante él.

Abandonó el satélite ruso, avanzando hacia la enorme masa del *States*. Pero, entonces, varios relámpagos le sorprendieron, y, mirando hacia arriba, vio corito un satélite se desintegraba en mil

pedazos. Pensó que los rusos estaban; atacando, y el aguijón del miedo le penetró aún más profundamente.

—¡Nos están atacando! —exclamó.

Momentos más tarde, ya en el interior del StatesF5, se sintió más seguro, y, al ver. los gritos y ademanes que daba el comandante, comprendió que la verdadera batalla acababa de empezar.

—¡Hemos caído estúpidamente en una trampa. —gritó Raymond.

Vio a Rudolph, que acababa de penetrar en el States.

—¿Qué había en ese maldito satélite?

—Un muerto y un herido, señor. El herido intentó agredirme... y tuve que matarle.

—Muy bien. Incorpórate a la sección de proyectiles.

La lucha era espantosa.

Cruzando el espacio, grupos de proyectiles moviéndose a una velocidad de locura, como furiosas jaurías de mastines de muerte, iban en busca de los blancos, situados fuera del alcance de la vista, a cientos o hasta miles de kilómetros, guiados por las impresiones que, incansablemente, les proporcionaba su propio radar.

Pronto conoció Raymond la estructura del satélite ruso.

—Han unido unos cuantos —dijo—, formando una especie de erizo. Y no tienen más que girar para lanzar proyectiles por todas partes.

Gracias a las rápidas maniobras de los satélites americanos, las bajas no habían sido mayores, y sólo dos fueron destruidos.

—¡Fuego en masa! ¡Fuego! ¡Control de distancia! ¡Aprisa!

—1.200 kilómetros, señor.

—¿Orbita?

—3.200 kilómetros.

Bastaron unos pocos minutos para que los datos sobre la situación exacta del colosal satélite soviético, así como de los unidos a él, llegaran al *States.*

Se acercaba el momento decisivo.

Mirando la gran pantalla fosforescente que ocupaba una gran parte de la sala de mando del *States,* donde puntuaban las luces que señalaban la situación de los satélites enemigos, el comandante se decidió finalmente a pasar a la acción.

—¡Preparados para el lanzamiento de dos proyectiles nucleares por satélite!

Y quince segundos más tarde:

—¡Fuego!

Dieciocho monstruos dotados con una triple cabeza nuclear surcaron el espacio, mensajeros de muerte y destrucción.

Sobre la pantalla verde, las estelas luminosas iban señalando el camino seguido por los proyectiles. La espera fue angustiosa.

—¡Una explosión, señor!

Mordiéndose los labios, Marshall echó una rápida mirada al reloj digital que medía el tiempo en microsegundos y cuya aguja daba grandes saltos.

—¡Demasiado pronto! —dijo, mordiéndose los labios.

—¡Segunda explosión!

—¡Tercera!

—¡Cuarta!

Ya no podía caber la menor duda de que los soviéticos habían conseguido interceptar sus proyectiles, deteniéndolos con los propios.

—Hemos fracasado… —dijo Raymond con un suspiro.

Casi enseguida y tal como esperaba, la sala de transmisiones le comunicó la llegada de los proyectiles rusos.

—¡Punteado de radar, señor! ¡Once proyectiles se acercan a nuestra posición!

—¡Lanzad abanico de proyectiles de intercepción!

Y todo aquello en un mundo sin sonido, ya que las explosiones se determinaban únicamente por las llamaradas que producía el rugiente universo de los átomos; una lucha sin voces, sin estrépito, un combate mudo como la misma muerte.

Algunas refulgentes llamaradas llegaron hasta el *States*.

—¡Interceptado uno, señor!

—¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro!

—¡Bravo! Sigamos así.

Fue entonces cuando Tom se volvió hacia su superior.

—Una llamada del *I-4*… Dicen haber recogido un hombre en el espacio, señor.

—¡Que lo cuiden! Pero que no me molesten ahora con esas cosas. Necesito concentrarme antes de que esos malditos nos jueguen una

mala pasada.

Tom Lauer le miró intensamente.

—Tengo una idea, mi comandante.

—Habla.

Y Tom Lauer, el buen compañero de Wilson y Olsen, expuso una audaz idea que su jefe escuchó atentamente.

—¡Eso es un suicidio, Tom!

El joven sonrió.

—Puedo salvarme, señor; pero, si lo fuese, merecería la pena... ¿No lo cree usted?

* * *

Tonovitch estaba radiante.

Había conseguido destrozar dos satélites americanos, y cuando la batalla amainó se precipitó a la cámara de transmisiones, enviando un largo y florido mensaje a Moscú.

Luego se reunió con el comisario y con Skilov:

—¿Os habéis dado cuenta, camaradas? ¡Vaya lección que acabamos de dar a esos perros capitalistas! ¿Qué se creían?

—Fue mía la idea de utilizar el *Ucrania* como, cebo, camarada general —dijo el comisario—, y espero que lo hayas mencionado en el informe que acabas de enviar a Moscú.

—¡Naturalmente, querido Ilionov! —mintió Tonovitch—. ¿Cómo puedes imaginarte que te haya olvidado en el informe? He nombrado a todo el mundo, porque quiero que el Kremlin sepa que, desde el general en jefe hasta el último hombre, se han portado en esta lucha espacial con un heroísmo inimitable.

—¿Y los americanos, camarada general? —inquirió Skilov.

—Nos hemos alejado de ellos, por el momento. Tenemos todo el tiempo para volver a demostrarles nuestra superioridad. Por el instante, hemos puesto unos millares de kilómetros entre ellos y nosotros, a fin de despistarlos.

—¿No crees que envíen más satélites?

—No. Moscú me ha comunicado que el servicio de información ha sabido que los yanquis han echado toda la carne en el asador...

igual que hemos hecho nosotros.

—Eso quiere decir que ha de decidirse aquí la batalla final por el espacio exterior.

—Correctamente, camarada Skilov. Tenemos que ser nosotros los que libremos la gran batalla. Después, cuando dominemos el espacio exterior, ninguna clase de satélites podrá subir aquí arriba.

—Evidentemente, desde aquí, el bombardeo en caso de guerra tiene la ventaja de estar fuera del alcance de cualquier tipo de arma. Tendremos al mundo completamente a nuestra merced.

Uno de los hombres del control del radar penetró en el salón.

—Hay contacto, camarada general.

—Creo que esos americanos tienen ganas de terminar pronto su existencia. ¿De qué se trata?

—De todos los satélites enemigos. El radar percibe sus siluetas, que no dejan de acercarse.

—¿Qué piensas hacer? —inquirió el comisario.

—¡Nos prepararemos! Darles la ilusión de que los eludimos. Simularemos una retirada precipitada, albergándonos en una órbita exterior, a cuatro mil kilómetros por ejemplo. Creerán que los evitamos y cuando nos sigan nos abalanzaremos sobre ellos enviando una buena andanada de proyectiles... que los destrozarán.

—¿Me dejas darte una idea...? ¿Por qué no dejas unos cuantos proyectiles sin marcha, flotando tras la zona que vamos a abandonar?

—No te entiendo muy bien.

—Está claro. Dejas unos cuantos proyectiles, sin darles ningún impulso, como si se tratara de minas, y nos alejamos rápidamente, procurando cubrir con nuestra masa los impactos que pueda recibir el radar enemigo. Así, ellos, al leer en sus pantallas, creerán que se trata de nuestra silueta, interpretando los puntos más brillantes como deformaciones o anomalías debidas a cualquier causa.

»Eso les hará perseguirnos, cayendo directamente en la boca del lobo, ya que al encontrarse con los proyectiles estallarán en mil pedazos sin saber lo que les ocurre.

El general miró al otro con sincera admiración... mezclada con envidia.

—¿Sabes, camarada Ilionov, que hubieses hecho un estupendo estratega? Tu plan es verdaderamente asombroso y voy a ponerlo

inmediatamente en marcha... ¡Acompáñame!

También Skilov fue con ellos a la sala de radar, donde el general inquirió sobre la posición de los satélites enemigos.

Inclinados por encima del observador, los tres hombres miraron largamente aquellos destellos, donde otros hombres tenían, en aquellos momentos, el mismo objetivo que bullía en sus mentes: destruirlos irremisiblemente.

—Parece ser que todos los satélites americanos se concentran para avanzar hacia aquí. Están intentando pasar a nuestra órbita.

—¡Formidable...! ¡Se ve al más grande de ellos!

—Lanzaremos los proyectiles, en dirección a él; pero, siguiendo los consejos del camarada comisario, nos limitaremos a soltarlos, con la precaución de que nuestro rumbo cubra a esos proyectiles, de manera que el radar enemigo no pueda separarlos de nuestra marcha general. ¿Preparados?

Momentos después, los dos proyectiles eran dejados simplemente, con una pequeña velocidad en sus motores, de manera a no ser arrastrados por la fuerza de atracción del *Moskowa;* éste se detuvo en la posición que había ordenado su comandante, haciendo imposible que los americanos pudiesen distinguir, con el radar, la posición de los proyectiles.

Entretanto, pasando de órbita a órbita, los satélites americanos aumentaban su velocidad, disminuyendo la distancia que los separaba de los soviéticos.

Skilov se dio cuenta, muy pronto, de que uno de los aparatos enemigos parecía dispuesto a adelantarse a los demás, como si sus tripulantes tuviesen prisa por entrar en combate.

Sonrió.

La trayectoria que estaba tomando el satélite adversario iba a conducirle, fatalmente, a la zona donde flotaban, completamente invisibles gracias a la estratagema de Ilionov, los dos terribles proyectiles con punta termonuclear.

Comunicó rápidamente sus observaciones a los otros.

Inclinados sobre la pantalla, los tres hombres y el observador siguieron el fatal camino que iba aproximando el satélite a lo que iba a significar su irremisible fin.

CAPÍTULO IX

Estrechó Tom la mano del comandante.

En un satélite, el *I-3,* que había acostado al *States,* se procedió al' paso de los tripulantes al aparato del comandante, dejando el suyo al valiente joven que iba a intentar poner en práctica su audaz idea.

—Ten cuidado, Lauer —dijo Marshall—. No es necesario que te expongas demasiado, ya que tu plan es bueno, si puedes sorprenderlos.

—Lo lograré, señor.

—Eso espero. ¡Buena suerte, muchacho!

—Gracias, mi comandante.

Pasó al pequeño satélite, poniéndose en marcha inmediatamente y desapareciendo poco después, al ir consiguiendo órbitas cada vez más amplias.

—Es muy valiente —dijo Raymond, en voz alta.

Rudolph, que estaba muy cerca del jefe, sintió un gran desprecio por el que había sido su amigo hasta entonces.

¿Por qué se había lanzado Tom Lauer a aquel loco suicidio?

Indudablemente, la altura y la estancia en el espacio exterior parecía alterar a los hombres de una manera inequívoca.

—¡Fleet!

—¿Señor? —Hay que buscar al enemigo y empezar el avance haciéndole creer que no pensamos más que en arrojarnos sobre él.

—Perfectamente.

Rudolph empezó a solicitar, datos, y todos los satélites disponibles hicieron funcionar sus radares hacia el espacio, no tardando en localizar, uno de ellos, la posición de los rusos.

—¡Ya los tenemos, mi comandante!

—¿Dónde están?

—754 punto, señor.

—¿Orbita?

—3.100 kilómetros, mi comandante.

—¿Velocidad?

—18.000.

—Se mueven con bastante lentitud. ¿Siguen todos juntos?

Tardaron en contestarle, ya que se hubo de hacer una detallada observación con el radar.

—Sí, señor. Siguen juntos, formando una especie de erizo. Además, notamos brillos raros en la pantalla, por uno de los lados.

—Eso no tiene importancia.

Inmediatamente después, ordenó la marcha de la órbita, logrando otras sucesivas que le iban acercando a la posición del adversario.

Rudolph seguía junto al comandante.

—¿Cree usted, señor, que podremos acabar esta vez con ellos?

—Sí. Todo depende, naturalmente, de que el plan de Lauer salga bien; pero, aunque ese valiente fracasara, nos aprovecharíamos de la sorpresa enemiga para asestarles un golpe definitivo.

Fleet no dijo nada.

Estaba deseando que todo aquello acabase, ya que odiaba al espacio exterior con toda la fuerza de su alma. Hubiese deseado estar en la Tierra, lejos de toda aquella estúpida locura. El miedo le proporcionaba una sensación dolorosa.

¿Y el hombre que había sido recogido por uno de los pequeños satélites? ¿Sería Wilson? La sola idea de volver a encontrarse con el hermano de Mary le producía vértigo.

Poco después, uno de los satélites llamó con urgencia, rogando que fuese el comandante quien se pusiera a la escucha.

—¿Qué hay? —inquirió Raymond temiéndose lo peor.

—Aquí, *I-7,* señor. Acabamos de recibir una llamada urgente del aparato que tripula Lauer. Ha sido un mensaje bastante confuso, mi comandante. Tom dice que ha descubierto, desde su posición, dos objetos brillantes, a Unos 200 kilómetros delante de los satélites rusos.

—Busque una órbita propicia y analice con su radar la naturaleza de esos objetos. Puede tratarse de una trampa. Comuníqueme enseguida los resultados.

Estaba impaciente y, al mismo tiempo, profundamente agradecido a Tom que ya empezaba a proporcionar beneficios a la flota. Poco después, el *I-7* volvió a llamar.

—¡Mi comandante! Son dos proyectiles enemigos, que han dejado en la órbita hacia la que vamos todos.

El' comandante se mordió los labios.

—Precisad la órbita exacta de esos dos proyectiles. Daré instrucciones dentro de unos minutos.

Tardaron muy poco en proporcionarle los detalles que había solicitado.

—¡Atención! Vais a abandonar el satélite, muchachos, dejándolo antes en la órbita de esos proyectiles. Como somos los que estamos más cerca de vosotros, os recogeremos inmediatamente. —Bien, señor, pero debemos recordarle que está con nosotros el astronauta al que recogimos antes.

—Ligadle a un cable de seguridad y traedle con vosotros.

Raymond reflexionó unos instantes; luego, sin mirar a Fleet, que seguía a su lado, dijo:

—Esos rusos se pasan de listos. Vamos a utilizar su misma clase de trampa. Cuando el *I-7* explote, creerán que han destruido al *States* y se lanzarán como cuervos para terminar con el resto de la flota. Nosotros retrocederemos un par de órbitas, y, cuando se crean más seguros, Tom intervendrá.

Momentos después, dos hongos inmensos demostraban que el satélite americano había chocado con los proyectiles-trampa de los soviéticos.

—¡Atrás! —rugió el comandante—. Vamos a hacerles creer que retrocedemos.

Mientras el *States* se movía, Raymond contempló los globos incandescentes provocados por la doble explosión termonuclear. Y se dijo que allí, en el espacio, sólo alterado por el paso de los meteoritos, había llegado la insana locura de los hombres…

—¡Señales a babor!

Raymond se acercó a él.

—¿De qué se trata?

—Tres hombres se acercan al *States,* señor. Debe tratarse de los que abandonaron el *I-7*.

—Recogedlos cuanto antes. Hay que seguir retirándose, como lo están haciendo los otros satélites.

Momentos después, los tres náufragos del espacio penetraban en la cámara de descompresión, antes de entrar en las dependencias del satélite.

Cuando, al presentarse ante el jefe de la flota, los tres hombres se quitaron las escafandras espaciales, Raymond lanzó una exclamación

de sorpresa al reconocer a Olsen. —¡Muchacho! Siempre pensé, y perdona, que el superviviente fuera Wilson.

—Podía estar conmigo, señor, pero tomó a un satélite ruso por uno de los nuestros. Se portó como un valiente.

Justo en aquel momento, Fleet penetró en la sala y, al percatarse de la identidad del sobreviviente, tuvo que hacer un esfuerzo para domeñar su alegría.

—¡Hombre! —exclamó Marshall al ver al recién llegado—. Aquí tienes a un buen amigo tuyo, chico.

—No es amigo mío, señor.

—¿Eh?

—Este hombre obligó a Wilson a que saliera al espacio.

—Pero… si él me dijo que fue al contrario.

—¡No le crea! —aulló Fleet—. Está mintiendo cínicamente.

—Tengo pruebas suficientes para perderte, canalla —rugió Olsen —. Tú hiciste que John saliera al espacio, obligándole a que cambiase la papeleta que le cayó en suerte; luego, por si le hubieras hecho poco daño, mataste de un disgusto a su hermana. Por fortuna, Wilson se fue al otro mundo sin enterarse de tu canallada.

—¿No se lo dijiste? —inquirió el comandante.

—No tuve la suficiente fuerza, señor. Justamente, en el momento en el que estaba dispuesto a decírselo, me explicó lo que había ocurrido con las papeletas. Wilson salió conmigo porque ese granuja le prometió, a cambio, que se casaría enseguida con su hermana.

Raymond se volvió furibundo hacia Rudolph.

—¡Queda usted arrestado, Fleet!

Dos hombres le condujeron, a pesar de sus protestas, a una cámara aislada donde quedó encerrado.

—¿Cómo van las cosas, señor? —inquirió Donald.

—Estamos preparando el momento final. Voy a ver lo que hacen esos condenados rusos. Poco después recibía las informaciones que demostraban que los rusos proseguían su avance, creyendo a pies juntillas que sus adversarios se batían en plena retirada.

No había noticias de Tom, y aquello preocupaba seriamente al comandante, quien insistió, dirigiéndose a todos los satélites de acompañamiento, que se descubriera si Lauer seguía o no con vida.

De repente, sus angustiosos deseos se convirtieron en realidad.

—¡Tom Lauer a la escucha, señor! Utiliza clave 7.

Momentos después, Tom estaba en comunicación con Raymond.

—¿Cómo va eso, *boy*?

—Muy bien, señor. Estoy en una órbita exterior, detrás de los rusos, que no se han percatado de tú presencia. Tengo dispuesto el «saltador de órbitas» para lanzarme sobre ellos dentro de unos minutos. Los atacaré con proyectiles con punta nuclear.

—¿Y si te descubren?

—No podrán hacerlo, señor. Me acercaré a ellos justo en el instante en que pasen del «día» a la «noche».

—Buena suerte, muchacho.

—Hasta la vista, señor… ¡o hasta la eternidad!

—¡Tom!

Pero Lauer había cortado ya la comunicación.

Mordiéndose los labios, Raymond esperó con los ojos clavados en la pantalla. Sin darse cuenta, sus labios se movieron mientras que una vieja oración de su infancia afloraba lentamente a su boca. Se prometió hablar con el presidente, decirle lo horrible que sería el repetir aquella locura, pidiéndole humildemente que se pusiera de acuerdo con todos los gobiernos del mundo para no llevar al espacio el horror del odio y de la sucia ambición de los hombres. El espacio debía ser tan limpio como el cielo que había representado hasta entonces, sólo camino para los viajes del futuro hacia las estrellas, a las que la raza humana debía llevar únicamente un maravilloso mensaje de amor.

En aquel momento, la pantalla reflejó la serie de explosiones que traducían el aniquilamiento de la flota espacial rusa.

La aventura había terminado.

F I N